REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIV San José, Costa Rica **1932** Sábado 6 de Febrero Núm. 5

Año XIII. No. 573

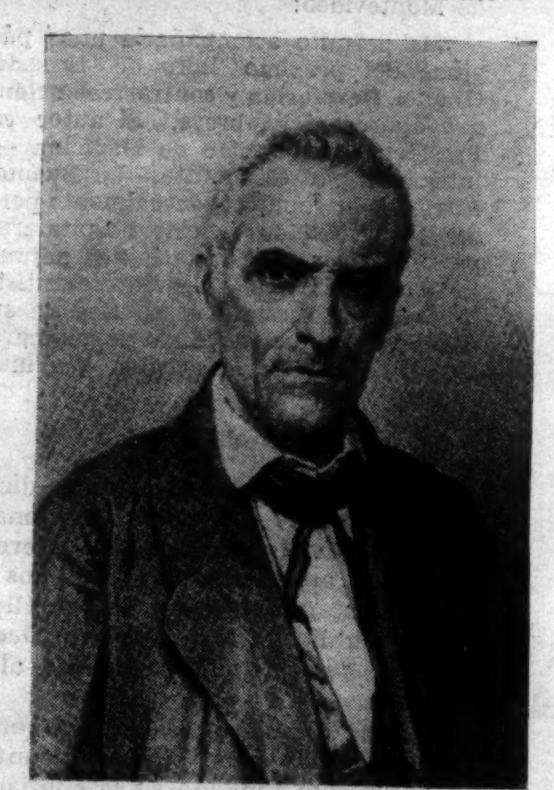
SUMARIO

Conozcamos a Don Pepe

= De *Social*. La Habana. Diciembre de 1931 =

La reputación que como educador y filósofo tiene en Cuba José de la Luz y Caballero, está fundada más en la tradición y en lo que refieren sus biógrafos que en el conocimiento directo de sus obras; puesto que de los escritos que publicó en la prensa periódica de esta capital por los años de 1831 a 1840, y de los que en forma de libro dió a la luz durante igual período, no quedan más que los ejemplares existentes en las bibliotecas públicas de La Habana, y alguno que otro que pueda encontrarse en las particulares. Por lo que no sería aventurado afirmar que las generaciones que hoy viven no han leído las producciones del Maestro, del cual tan sólo conocen algunos de sus aforismos o fragmentos de sus escritos reproducidos por sus biógrafos y repetidos con frecuencia por nuestros educadores. Nada más necesario, pues, y en razón que descubrir (así cabe decirlo en este caso) las obras de **Don Pepe,** reimprimiéndolas, para que lleguen a conocimiento de todos, y sepan todos también quién fué ese eximio cubano que enalteció el magisterio y sembró en la conciencia de sus compatriotas, por espacio de ocho lustros casi, los sentimientos de justicia, honor y libertad. El, como Varela y Saco, roturó la tierra y sembró la simiente que había de florecer en Yara y en Baire y fué uno de los más significados precursores de la libertad e independencia que parece que no hemos de disfrutar nunca plenamente.

El Maestro había encargado al morir, en su testamento, a sus albaceas publicasen de sus escritos los que consideraran dignos de ser impresos. Cosa que no pudieron realizar entonces, tal vez por la suspicacia del gobierno colonial y por las dificultades económicas de la empresa. Parte de ese mandato lo cumplió el hijo de uno de sus albaceas, licenciado Alfredo Zayas, quien comenzó a publicar en 1890, por entregas, las obras de **Don Pepe,** que suspendió al siguiente año, antes de terminar el segundo volumen. Dada la forma en que fueron publicados esos dos volúmenes, la mayor parte de ellos se perdieron, conservándose muy pocos ejemplares,



José de la Luz y Caballero

que constituyen rarezas bibliográficas. En dichas entregas recogió el compilador casi todos los escritos filosóficos de Luz y Caballero: razón ésta más que suficiente, si tenemos en cuenta los pocos lectores que han habido y hay en Cuba de filosofía, para que no quedasen apenas ejemplares de tales entregas.

A pesar de lo dicho, la memoria de tan grande educador no se ha eclipsado ni un momento en la conciencia de su pueblo, el cual la venera y le rinde homenaje cada año en la fecha de su muerte. Lo que no han logrado otros cubanos de su época, tan eximios como él: Varela y Saco, por ejemplo.

Iníciase ahora, por segunda vez, la impresión de las obras de **Don Pepe,** que comenzará con los trabajos que sobre materias de educación o pedagógicas dió a luz en los periódicos y revistas de esta capital o en folletos durante los años de 1832 a 1834; que han de servir, a no dudarlo, para intensificar el amor y recuerdo a tan esclarecido mentor, y que las generaciones actuales confirmen, por conocimiento directo, el justo renombre que como educador y filósofo, y también como patriota, goza José de la Luz y Caballero en Cuba, desde hace casi una centuria. "Cuando sus obras se publiquen—dijo su primer biógrafo, Antonio Bachiller y Morales—será general su reputación como sabio".

Con cuanto dejó escrito el autor del **Instituto Cubano** podrían hacerse de seis a siete volúmenes: dos o tres de materias educacionales, tres de filosofía y uno de varios; en los que quedaría lo mejor y más importante de su producción.

Fueron tres los aspectos en que se destacó la personalidad de Luz y Caballero: como educador, como filósofo y como patriota. Fué educador por vocación y por el ansia que sentía de mejorar la sociedad de su tiempo; filósofo por sus anhelos de saber e inclinación al estudio y la meditación; y su gran amor a Cuba, a la libertad y a la justicia le hicieron sentir la patria al punto de que este sentimiento resultara el más dominante, después del de la justicia, y presidiera e inspirara todos sus actos. Por eso resultó al cabo tan sin igual maestro, porque su saber y patriotismo marcharon siempre unidos, procurando despertar con el amor a las ciencias el amor a la patria. El dijo que lo fundamental no es enseñar, sino el espíritu con que se enseña; que el filósofo ante todo debe ser patriota; que el patriotismo ha de ser el primer cooperador de la ciencia, y que la tendencia de sus enseñanzas eran a un tiempo científicas y patrióticas. Esa compenetración con las necesidades sociales de su época, y su consagración a remediarlas dieron a toda su obra ese sentido de humanidad, de honda piedad que hará imperecedero su nombre. El sufría en su persona todos los dolores de su pueblo y cuantos vejámenes e injurias se inferían a la patria, cobrando con ello fuerza para continuar en su magna labor de hacer hombres: hombres activos y pensadores, pero más activos de corazón que de entendimiento, que era lo que demandaba la patria, según decía. Dominando su impaciencia, trabajó día a día, duran-

te su vida toda, para despertar en sus compatriotas sentimientos de honor y dignidad, y la conciencia del deber. Así pudo, desde su apartada y sencilla cátedra de maestro, en modestos planteles de educación, sin predicar la rebeldía expresamente, preparar a la juventud de su tiempo para la gran epopeya del 68. El realizó aquí, con la cooperación de Varela y de Saco, la labor que los enciclopedistas franceses hicieron en su país: preparó por medio de la transformación de las ideas la revolución política.

El fué "aquel que habló—como dijo Martí—para encender, y predicó la panacea de la piedad, aquel maestro de ojos hondos que redujo a las formas de su tiempo, con sacrificio insigne y no bien entendido aún, la soberbia alma criolla que le ponía la mano a temblar a cada injuria patria, y le inundaba de fuego mal sujeto la pupila húmeda de ternura".

La Luz fué por sus ideas y enseñanzas un revolucionario en aquellos sus tiempos de esclavitud social y política. El encarnó mejor que ningún otro de los cubanos de entonces las aspiraciones más nobles y elevadas de sus compatriotas en el momento histórico en que le tocó vivir, tal vez por la gran bondad de su corazón, por ese sentido de vida, de compenetración humana, que le hacía vibrar con todos los dolores. Pero al mismo tiempo que se dedicaba a restañar las heridas hechas a sus compatriotas presentaba con viril e inigualado civismo su protesta contra los que los denostaban, contra los causantes de los males físicos y morales que padecía Cuba, aun cuando estos fueran los más encumbrados y poderosos personajes del gobierno colonial. Fanático de la justicia, por ella puso en peligro su vida y su libertad en más de una ocasión. Y porque fué bueno y justo, porque se dió a los demás, porque enseñó el camino de la libertad, inculcando la dignidad y el honor, porque despertó el sentimiento de la patria y del deber, y porque fué maestro de todas las virtudes y de todas las ciencias, los cubanos lo amaron y han mantenido vivo su recuerdo de generación en generación, buscando en sus pensamientos y en sus acciones normas de conducta ciudadana o pedagógica, enseñanzas de alta moral e inspiración patriótica. En el campo de la pedagogía ha sido durante el siglo xix y lo que va del presente la figura central y más excelsa que ha producido nuestro país.

En todos los tiempos han aparecido hombres-símbolos, a los que deben las sociedades su adelantamiento, al punto de que leyendo sus biografías podría conocerse el progreso y evolución de los pueblos. Siendo curioso observar que tales hombres han surgido cuando su presencia era necesaria y como una resultante de los anhelos más hondos y puros de un pueblo o de un núcleo selecto del mismo. Luz fué la concreción de las aspiraciones, si no de todos los cubanos, sí de los mejores de ellos. Y como estaban faltos de libertad, de justicia y de saber, él se consumió en este triple apostolado.

Los primeros movimientos por la libertad e independencia de Cuba tropezaron desde su inicio con la insuficiencia de elementos propios para realizarlos, que obligó a los patriotas a buscar auxilio en otros países (Colombia y México), y al faltarle hicieron fracasar la idea que surgió más tarde bastardeada con la de anexión como única solución posible para separarse de España.

Luz no fué partidario de esos movimientos, porque entendía que los cubanos hasta tanto no adquiriesen la preparación necesaria para la vida ciudadana, no debían precipitar los acontecimientos. Su inconformidad, sin embargo, con el régimen político colonial, fué evidente, y también lo fué su impaciencia por acelerar el mejoramiento social e intelectual de los suyos, que habría de producir necesariamente el estado de conciencia general que hace falta a los pueblos para demandar lo que se merecen y por derecho les corresponde.

Es menester impacientarse—dijo—y no impacientarse: lo primero, para madurar la fruta; lo segundo, porque ha de madurar.

Hay momentos, empero, en que es conveniente acelerar la madurez.

También dijo que la conformidad que recomienda el cristianismo, "en el orden político puede tener funestas consecuencias" por ser contrario al progreso de los pueblos.

Francisco González del Valle

Irigoyen

= Fragmento del libro *Revolución y Contrarrevolución*, que aparecerá próximamente =

Nos dice Fernando Robles, en carta de Montevideo:

"Me permito acompañarle unas páginas del próximo libro de Ernesto Giudici, **Revolución y contrarrevolución**, que aparecerá en breve. El autor es Presidente del Centro de Medicina — integrado por estudiantes—de Buenos Aires, y, por supuesto, actualmente perseguido y exilado en este hospitalario país. Ya verá por las páginas adjuntas que se trata de algo interesantísimo sobre la actualidad política de su país, por lo que no dudo se dignará usted dispensarle la acogida que merecen".

El caudillo

"A partir de la caída de Rosas—dice Sánchez Viamonte—la política nacional produce tipos metropolitanos de líderes políticos con apariencias de caudillos". "Sin embargo, aun subsistía un caudillo, el último caudillo", a lo que agrega Deodoro Roca: "en realidad, el último oligarca".

¿El último caudillo? ¿El último oligarca? ¿No serán estos juicios trasunto de un optimismo fundado en la confianza de nuestro progreso? Ultimo caudillo... quizás; en lo de último oligarca, hubo algo de apresuramiento: el último oligarca, cuando esas líneas fueron escritas, vivía en el anónimo, tejiendo ya, posiblemente a espaldas del país, las redes de la conspiración. Al último caudillo sucedió el último oligarca, de cuya descendencia política nada podemos aventurar aún. El oligarca Uruburu no le dió tiempo para renunciar al caudillo Irigoyen, acosado por el pueblo, sus errores y la vejez: lo desplazó violentamente del poder para rubricar así, con un pronunciamiento militar, el ascenso a la presidencia, tomada tranquilamente como el más allá de su ya agotado escalafón guerrero. La figura del último oligarca sería en extremo simbólica: tirano, militar, conservador, reaccionario como jamás lo ha sido ningún gobernante argentino del 52 en adelante, vanidoso y de la más rancia mentalidad burguesa.

El término caudillo se presta a distintas interpretaciones. Si caudillo quiere decir orientador de multitudes, los profetas, los líderes y los idealistas, pueden englobarse todos bajo la común denominación de caudillos. Pero no es así. El caudillo, más que orientador, es conductor de masas: las guía y las comanda siempre.

Establecimos ya la relación entre la masa y el hombre doctrinario y de acción, entre las multitudes y los núcleos minoritarios que las educan y preparan para su propia superación. El profeta, al anunciar y proclamar tiempos mejores, fué el más primitivo de los hombres de esa categoría; las virtudes del santo uníanse, en él, al valor probado del héroe. No podía desprenderse el profeta de su natural misticismo. El líder es el orientador social de nuestros siglos. Sin ser santo, tiene algo de héroe. El líder es el abanderado de una corriente social; si ésta se concreta a la realidad humana, no cabe el misticismo.

El caudillo es un tipo aparte. Ni profeta ni líder, el caudillo no maneja tan bien las ideas como los hombres. Es el cacique, el jefe de tribu, el patriarca, que dando un paso hacia adelante, en concordancia con el adelanto de la sociedad humana, se pone a la cabeza de su gente y lucha por una necesidad palpable; exige obediencia y sumisión, pero él responde con energía y heroísmo. Al caudillo no le interesa la Humanidad, como al profeta y al líder; se circunscribe a su medio: es localista; por lo tanto, tiene algo de egoísmo, de impenetrabilidad y de cerrazón mental por lo que está más allá de su mirada. Es buen psicólogo, para lo cual se condiciona admirablemente su instinto y perspicacia. El profeta, predicando para todo el mundo, contemplaba el futuro; el líder, en su intento de elevar la condición social humana, brega en un sector dado y, sin dejar de mirar hacia adelante, no olvida el presente, que es la realidad actual; el caudillo no lucha sino para su pueblo y para su época.

Ya se hizo notar alguna vez la diferencia entre el montañés, el hombre de campo y el marino. El montañés, apegado a su comarca y cortada su visión por los accidentes del lugar, no tiene más inquietudes que las propias a su modesta existencia. El campo y la llanura abren ya los ojos a lo que nos rodea, a lo que vive más allá de nosotros

mismos. Nace así el sentimiento de solidaridad humana, que culmina en el marino, cuyos viajes, así como el espectáculo del mar, crea un espíritu abierto, luminoso y amplio. El caudillo es el montañés de este distingo.

Todas estas condiciones se encuentran acentuadas unas y disminuidas otras en el político, que debe ser idealista y práctico, doctrinario y de acción, estudioso y humano. El político, para ser tal, encerrará la sinceridad del profeta, la comprensión idealista del líder y la practicidad psicológica del caudillo. Todo lo que tiende a la conquista de un mayor bienestar material y espiritual es idealismo. Marx es, así, idealista, pese al materialismo que forma el eje de su doctrina. Sin embargo, cabe una distinción entre el idealista imaginativo, frondoso, que versifica con el porvenir de la Humanidad, como sería don Quijote, y el idealista genuino que es el que sustenta ideales, es decir, concepciones doctrinarias concretas, limitadas, realizables, prácticas, extraídas de la vida misma. Por no entender las cosas así, suele caerse todavía en diferencias excluyentes y absurdas. El individuo de acción habla despectivamente del idealista" y éste lo hace en igual forma del "hombre práctico". El ideal, sin la realidad ni la acción, es utopía romántica: la acción, sin el ideal, madurado en doctrina, es el mayor desperdicio que puede hacerse de nuestras energías.

El profeta es Jesús y Lenín es el político. En nuestro país, el líder es Moreno, el caudillo es Urquiza y el político es Sarmiento.

Caudillo, cacique e ídolo

¿Irigoyen fué, en realidad, un caudillo? Irigoyen, que no llegó a la categoría de líder, que demostró no ser estadista, que actuó de acuerdo a un llamado de la hora, aunque con un poco de retraso, que encerróse en la estrechez de su espíritu local, no pudo ser otra cosa que un caudillo. Pero, Irigoyen debía ser un caudillo **sui géneris,** con los rasgos inconfundibles del cacique, del caudillo y del ídolo.

Mandó a los hombres de su partido como el cacique a su tribu, arrastró a la masa como el caudillo conduce a su gente y fué objeto de veneración como el ídolo lo es por las multitudes. Irigoyen no evoca en ningún momento a los caudillos de nuestra independencia y albor político. Enmudeció como consigna inviolable; gobernó a las multitudes desde su conocido aislamiento; su gesto, siempre el mismo—la mano levantada en alto—y su palabra, solamente oída por los hombres a quienes permitió acercarse, pues no habló jamás al pueblo, hízolos cotizar al precio de la rígida obediencia. Los caudillos de nuestra edad media y aún los que vinieron después, por el contrario, viviendo con sus montoneras y jugándose la vida con ellas, no usaban medias palabras sino el gesto varonil de un brazo armado, fuerte y decidido; el acatamiento que exigían a la tropa merecíanlo por su valor y lo ganaban por su coraje. Irigoyen, dentro de su condición de caudillo, cambió esa actitud resuelta y pública de nuestros gauchos de antaño por la posición impenetrable, resguardada y misteriosa de un dios indú.

En Latinoamérica, este tipo de caudillo o de caudillejo, tiende a desaparecer. Sin embargo, el caudillaje juega todavía un papel preponderante. El caciquismo parece perdurar todavía, convertido en organismo partidario, sistema proselitista y medio de encumbración política. En algunas partes, el caudillo con ambiciones políticas debió entregarse de lleno a la charlatanería demagógica. Leguía y Siles, de la demagogia pasaron a la dictadura. El caudillo sudamericano, como un principio de adaptación a la joven democracia nuestra, acepta a ésta entrando por su puerta trasera: la demagogia. Irigoyen, tampoco aquí, en América, tiene tipos que se le parezcan. El caudillismo en Irigoyen es producto de una elaboración particular, callada y lenta; la falta de condiciones oratorias y de actitudes callejeras y el medio regularmente culto en que Irigoyen intervino—no salió de la Capital—hiciéronle encaminarse hacia ese otro recurso de sugestión colectiva tan poderoso como el mismo verbo y heroísmo: el mutismo.

El primero y gran caudillo de la Unión Cívica Radical es Leandro N. Alem, el "hombre mito" para Julio R. Barcos, quien lo pinta así: idealista, lírico, romántico, de pose tribunicia, de gesto gallardo y arriesgado, señorial, honesto y noble; "es el héroe del civismo, mas no todavía el "conductor" de un pueblo". El conductor sería su sobrino Hipólito Irigoyen, el "táctico", "observador de los hechos y los **hombres,** destinado a actuar como contra figura suya—de Alem—en el teatro de la vida pública".

Irigoyen, desde el 90, se va adueñando de la dirección política de su partido. Desaparecido Alem, por el suicidio, él sería, en adelante, su jefe indiscutible. Irigoyen desde ya, echa a rodar su nombre por todo el país y todo el país le responde alistándose, atento, a sus órdenes y caprichos. Dudamos que aparte de las sectas religiosas, haya existido jamás hombre alguno que fuera actor de semejante espectáculo social.

La simpatía personal, su bondad aparente o real, la firmeza expresiva de sus rasgos, debían influir favorablemente en Irigoyen. Casi todos los que, argentinos o extranjeros, habían llegado hasta él, confesaron la atracción espiritual del caudillo, base de la adhesión fervorosa que más tarde tributaríanle como radicales. La generosidad de Irigoyen se propalaba a todos los vientos: el sueldo presidencial era donado a las instituciones de beneficencia: él repartía los puestos administrativos, hasta los más insignificantes; prestaba oídos a los reclamos de los postulantes; personalmente, a las niñas que se lo solicitaban, unas veces con título y otras no, entregaba nombramientos de maestra....

Trabajaba sin descanso. Concurría a su despacho presidencial en las primeras horas de la tarde, hasta los domingos; los expedientes, pese a ello se acumulaban. La Casa de Gobierno era una oficina de colocaciones; había mucho movimiento, pero la paralización administrativa era absoluta.

Su vestir y sus costumbres eran en extremo sencillas. Vestía con el mismo corte de los años de su juventud. No concurría a banquetes; eliminó el protocolo ceremonioso de los reconocimientos diplomáticos; no usó, por lo menos en su segunda presidencia, la carroza de gala; no perteneció, ni quiso pertenecer a la "gran sociedad"; nunca concurrió al hipódromo, suprimiendo las corridas de los jueves. En el Jockey club tienen cita, en la Argentina y en todo el mundo, los hombres más acaudalados y aristócratas. Irigoyen no podía mezclarse con ellos. El Jockey club, como otras instituciones similares, sería uno de los focos de la "revolución" setembrina.

La casa habitada por Irigoyen—en la calle Brasil—era bien modesta, lo mismo que su moblaje. El día de su derrocamiento, se descubriría en ella el desorden y abandono reinantes. El caudillo había caído tan bajo, que, física y moralmente, era un paquete de andrajos. Sus últimas apariciones en público eran ridículas y movían a risa: los pantalones sueltos y acordonados dejaban ver, por debajo del chaleco, la camisa con su imprudente presilla. Reían los periódicos y el público. La censura y la crítica unánimes, la burla mordaz, el sarcasmo sangriento y la carcajada sostenida, resonando en todos los ámbitos del país, debían perseguir al caudillo enfermo y derrotado hasta en sueños. ¡Era el ocaso del esplendor y el poderío! ¡El pueblo, la salud, las fuerzas y la inteligencia misma le abandonaban en el lecho pobre de su misteriosa cueva de peludo!

El fracaso de Irigoyen

Juzgamos a Irigoyen con el interés que nos sugieren los gestos y comportamientos de las multitudes, con las cuales estuvo ligado en toda su vida pública. Sólo nos importa su persona como la figura más significativa de los últimos tiempos. No hemos de reivindicarlo ante la opinión pública por el fracaso de su desastrosa política ni pretendemos atacarlo más de lo que ya lo hemos hecho. Políticamente muerto—intentar su resurgimiento, por parte de los radicales, sería ponerse a tono con el debilitamiento senil de sus facultades mentales—Irigoyen será objeto, por muchas generaciones, de estudios y de análisis. Al lado de Rosas, con quien Sánchez Viamonte compara en algunas de sus actitudes—localismo, temores y recelos a Europa y lo extranjero — Irigoyen es, desde el punto de vista psicológico, el tipo más atrayente de nuestra historia. Como los hombres públicos no se forman ni llegan a las posiciones más destacadas de la sociedad por su solo deseo o ambición, comprender a Irigoyen es penetrar en la intimidad del período histórico que estamos viviendo.

A Irigoyen, como presidente, le estaba reservado el fracaso por su afán de hacerlo todo sin la previa y sólida preparación económico-social indispensable. Como el extraordinario personalismo partidario había hecho confundir al caudillo con el partido radical, éste, que triunfa con Irigoyen, con Irigoyen debía derrumbarse. Los radicales, que acompañaron a Irigoyen en el éxito, padecieron, sin una protesta, sin una rectifica-

ción, tal vez con alguna lágrima por "las chocheras del viejo", el rápido desprestigio del jefe. La misma fosa los enterró a todos. Todos o la mayoría compartieron las ventajas del poder, apresurados en la repartición del botín; todos o la mayoría fueron, hasta el instante mismo de la agonía, cómplices en el rebaño que la conciencia nacional fulminaba sin tregua ni compasión.

Los ídolos populares se consagran y voltean con la misma impaciencia, la misma bulla, el mismo frenesí e idéntico delirio. La multitud acostumbra a elegirles sucesores. He aquí un detalle de psicología social que podría explicar talvez, la efervescencia popular del 6 de setiembre de 1930. ¿Quién podía sustraerse a la emoción de ese derrocamiento del hasta poco antes amo, caudillo e ídolo popular? Su aparición en la calle, en esos momentos, no hubiera epilogado con términos medios: se le hubiera atacado furiosamente, escupido e insultado o—de ello es capaz la multitud enceguecida— quizás todo terminara completamente al revés, con lo cual, intentando interpretar ciertos rasgos de la masa delirante, no pretendemos sostener que ello era factible en esas circunstancias.

Un caudillo, a falta de talento o preparación, suele obrar al ritmo de sus impulsos o sentimientos. Irigoyen, que odiaba al régimen, parecía tener, por el otro extremo, impulsos de cierto humanismo. Si amó a la masa, ese amor fué estéril, pues no se contribuye a su mejoramiento con eso sólo. En un reportaje que acaba de hacérsele en su confinamiento de la isla Martín García—donde, a más de poder sentirse cual Napoleón en Santa Elena, gozará, tal vez de la íntima satisfacción de habitar el lugar que Sarmiento proponía como capital de la república—Irigoyen se ha referido a la superioridad de su corazón sobre el cerebro. En lo que respecta a la realización de la entrevista en sí, parece romper con una de las características más notables del caudillo, tan reacio al público como a los periodistas.

Sintiéndose el "iluminado" de su tiempo, rehuyó de los colaboradores útiles e imprescindibles de la obra gubernativa. Los ministros, los representantes del pueblo, las autoridades o caudillejos del partido radical subordinaban sus opiniones a la voluntad del jefe. Experimentaba algún terror a las personas de probada inteligencia y capacidad, temiendo siempre quien pudiera "hacerle sombra". "Yo no tenía necesidad de elegir mis colaboradores entre intelectuales y eruditos—confiesa en su prisión— porque en el desempeño de mi mandato tenía confianza absoluta en mis fuerzas y en la divina providencia". Irigoyen, profundamente místico, como correspondía al misterio de su vida, no negaba su fe en la divina providencia; "Dios mediante", se embarcó en el error y en el fracaso.

Debió gustar, en su retraimiento, la sensualidad de la admiración con que era objeto por parte de las masas. Recibía a quien él deseaba; los demás tuvieron que "juntar orines en la amansadora" —según expresión acertada de Cantoni en la Cámara, al discutirse su diploma parlamentario—y ni aun así lograban llegar hasta el jefe. En la "amansadora", las disputas de los disidentes de provincias que bajaban a la capital para interesarlo, solían apaciguarse solas por obra del tiempo y del cansancio. La "amansadora" convirtióse, en la Casa Rosada, en institución oficial; los ministros, jefes de oficina y altos empleados de la administración nacional, tuvieron pronto la suya. La "amansadora" fué la eterna espera en las antesalas, mientras los empleados y las carpetas se acumulaban en las reparticiones públicas. ¡Hubo oportunidades en que Irigoyen negábase a atender, por cierto tiempo, a tal o cual ministro! ¿Capricho? ¿Enojo? ¿Así repartía penitencias? Por no parecer conforme con cierta lista radical de candidatos a diputados, no quiso, luego, recibir ni los saludos acostumbrados de éstos. Sus colaboradores, caídos en desgracia, esperaban en vano ser atendidos por el jefe; cumplida la condena, entraban ellos y salían otros...

La mala administración de Irigoyen, principalmente en su segunda y trunca presidencia del 28 al 30, terminó en el desquicio y el caos más absoluto. "Pueden insultarme como quieran—dice— pero el país sabe que soy honrado, patriota y que no me he enriquecido con el gobierno". ¿Fué Irigoyen, acaso, el dictador que todos acusaban? Pero, ¿es que precisó serlo alguna vez para imponer su voluntad? El país, durante muchos años, estuvo a sus pies. El electorado, sin exigirle nada, le había hecho entrega de la máxima confianza.

De los períodos presidenciales de Irigoyen recordamos la abolición de la pena de muerte, durante el primero, y la promulgación de la ley de la jornada de ocho horas, tanto tiempo requerida por los representantes socialistas, en el segundo. No admitía la interpelación parlamentaria de sus ministros. Al hacerse cargo del poder en su segunda presidencia, sólo dijo pocas palabras, haciendo recalcar que respetaría fielmente la Constitución. Se burló de los mensajes y discursos presidenciales ante el Congreso, con grandes protestas de Carlés y de la Liga Patriótica Argentina.

Es indudable que el rasgo más notable del caudillo fué, en materia de política internacional, su posición esquiva con respecto a los Estados Unidos y sus afanes imperialistas. Conocida es, por otra parte, su gran simpatía hacia España, consecuencia de la cual fué la declaratoria de feriado nacional el 12 de Octubre, Día de la Raza. Alemania y los germanófilos demostrábanle su gratitud por la neutralidad argentina conservada durante la guerra, a pesar de la presión interesada de los aliados.

Los radicales propiciaron la nacionalización del petróleo y repudiaron el panamericanismo y la doctrina de Monroe. Irigoyen demostró sus preferencias amplias hacia Inglaterra, entre otras medidas, con el acuerdo comercial anglo argentino por valor de cien millones de pesos, lo que motivó las justas protestas de todos.

Ha trascendido la conversación mantenida entre Irigoyen y Hoover, durante la última jira de éste por los países de América, siendo presidente electo de los Estados Unidos. Barcos, en su libro "Política para intelectuales", dice que "el presidente Irigoyen sentó a su colega frente a sí, y mirándolo como el juez que interroga a un acusado, le preguntó a boca de jarro:

"—¿Vuestra Excelencia es partidario de la política intervencionista en los estados hispanoamericanos?

"Sin darle tiempo a reponerse de la sorpresa, añadió:

"—¿Se puede contar con que Vuestra Excelencia rectificará la política intervencionista de los gobiernos de Washington?"

Carlos Pereira, en su "Breve historia de América", escribe, refiriéndose a Hoover, que, "entre las diversas manifestaciones oficiales con que fué agasajado —algunas de notoria bajeza y otras de digna reserva como la de Chile—sobresalió Irigoyen por haber sido el único que supo encontrar el tono para hablar de potencia a potencia". "Si esto es el resultado de la fuerza de un gran país— agrega— debe reconocerse que Irigoyen la expresó gallardamente. En esta histórica visita, el presidente de la República Argentina dió una lección a todos sus colegas".

La actitud del partido radical ante la política y los intereses yanquis—lo único afianzado, posiblemente, de esa amorfa, parasitaria y burocrática agrupación partidaria—es necesario hacerla resaltar al lado de la posición aliada y cómplice de los conservadores, oligarcas y reaccionarios argentinos, repuestos en el poder a raíz del movimiento militar de septiembre.

La muerte del "reparador"

Irigoyen, de escasa cultura, obró de acuerdo a su aguda perspicacia de caudillo. Dando crédito, realmente, a las excelsitudes que halagaban sus oídos—con creer sólo la décima parte de los elogios tenía suficiente para considerarse un semidiós—recurrió a las frases pomposas, la rara terminología y las expresiones obscuras, incomprensibles y absurdas. Quiso ser algo, tener una bandera, sintetizar una época. Fué así, "El Hombre", "el iluminado", "el maestro de la democracia de la calle Brasil"; se sintió revolucionario; esgrimió el estandarte de la "Reparación"; al reino del "Régimen" él haría seguir el de la "Causa"; su omnipotencia derivaba del "plebiscito" del año 28 y su encumbración al poder tenía por objeto dar cumplimiento al "mandato de la misión histórica" encomendada a su persona. Sus partidarios compartían plenamente sus opiniones y llegaron a creerse ellos también, los ejecutores de la "misión histórica". Diego Luis Molinari, en el Senado, apenas entró al recinto, increpó duramente a los viejos y jóvenes parlamentarios de la oposición su permanencia en ese lugar. Debían abandonarlo; estaban de más; estorbaban al cumplimiento de la "misión"; el "plebiscito" les había firmado la partida de defunción. En la Cámara de Diputados alguien sostuvo que el cargo presidencial implica, de acuerdo a la Constitución, un régimen dictatorial transitorio, de seis años...

Rosas fué el "restaurador". En Ve-

nezuela, Gómez es el "rehabilitador". Irigoyen debía ser el "reparador". Uribubu será el "salvador", el salvador de la patria... América, fértil todavía en la improvisación de sus "héroes", nos reserva, cada día que pasa, un ejemplar nuevo.

Irigoyen, que inició su actuación política como revolucionario, frente a los gobiernos del régimen, cayó vencido por una conspiración militar de los conservadores desplazados del poder. ¿Sólo temía el atentado personal? ¿Sospechó alguna vez semejante caída? ¿Creyó posible repudio tan formidable del pueblo? Siendo tan perspicaz ¿cómo descendió o pretendió desconocer la importancia de la indignación popular y los preparativos militares que atentarían contra su gobierno?

El caudillo huyó siempre del delirante reclamo de las masas. Se escabullía de ellas con gran habilidad. Cuando sus partidarios llegaban hasta su domicilio, éste parecía dormir plácidamente: ni una luz, ni un ruido, ni una cabeza que se asomara ante el pueblo borracho de espectativa por la palabra o la presencia de Irigoyen... Eso sucedía cuando las multitudes, que adoraban al caudillo, lo buscaban por todas partes. ¿Las despreciaba? ¿Le estorbaban? Vinieron otros tiempos. El pueblo no lo buscaba más, a no ser para silbarlo. Entonces, Irigoyen, el altivo, descendió a las multitudes. Y se hizo aplaudir. Buscó que lo aplaudieran. Contrató gente, reclutó empleados y obligó a los carteros a esperarlo en la calle, para que lo vivaran, lo abrazaran, lo requirieran otra vez en su seno... Hasta ahí descendió el caudillo, sin encontrar el apoyo que necesitaba. La frialdad de ese populacho artificial fué el anuncio de su muerte.

Ernesto Giudici

Estampas

De cómo se echó al basurero, en Colombia, una legislación previsora. ¡Cuán funestos son los llamados hombres providenciales!

= *Colaboración directa* =

La Imperial República llamó a los Estados Unidos un escritor colombiano desde estas páginas de **Repertorio,** cuando Rebecca Kaye denunció al Gobierno del señor Olaya Herrera. Indignado ese escritor porque la norteamericana Kaye anunciara que el experto en legislación petrolera, Mr. George Rublee, venía a Colombia a arreglar el festín del aceite a los magnates yanquis, elogió el patriotismo y la visión de los hombres de gobierno de su patria. El señor Olaya Herrera venía de Washington, pero no lo recibía Colombia descastado. Rebeca Kaye, sin embargo, lo había observado antes de partir Presidente sentado a la mesa con banqueros, sirviéndose el té con los amos de Wall Street. Lo había oído haciendo "declaraciones halagüeñas para el capital norteamericano", declaraciones que hacían "pensar que, o hablaba insinceramente, o tenía el descaro de predecir que su política no sería distinta en nada a la bien conocida del jefe de Sacasa, el Moncada inadjetivable". Y porque dijo con claridad meridiana sus palabras, un escritor colombiano protestó y aludió a Nicaragua en forma despectiva.

La Imperial República descastó al señor Olaya Herrera, pese a la sensibilidad colombiana. Los providenciales de los pueblos de América han resultado funestos. Examíneselos y se les encontrará ligados a un gran crimen contra la libertad de estos países. En ellos han encontrado las fuerzas de conquista los elementos que mejor las han ayudado a unir eslabones de esclavitud. En torno a esas vidas se ha creado la más espesa nube de superstición. Son grandes, son previsores, vigilan y ningún peligro se escapa a su mirada. Se extiende la superstición y ciega y arrebaña a los pueblos. El señor Olaya Herrera era considerado en su mansión diplomática de Washington como un providencial. Allí lo descubre la masa electora de Colombia y lo elige Presidente para aclamarlo salvador. El deja crecer el clamor y lo suma a los agasajos de la banca norteamericana, que también lo pone sobre otras andas. Será el gran limador de asperezas. Colombia ha sido hostil a los intereses de la plutocracia yanqui. No ha querido dejarlos expansionarse aportando su gran volumen de civilización. La plutocracia tenía ya cogida la más rica zona petrolera. Un vende patrias de apellido Barco había pescado en la región de Catatumbo una concesión de cinco millones de acres. Inmediatamente traspasó el 75% de las acciones a la South American Gulf Oil Company y a la Caribbean Syndicate el 25% restante. Pero el Gobierno colombiano antes de que el vende patrias Barco hiciera sus ventas declaró, por razones de justicia, nula la concesión. Hirió la nulidad grandes intereses del capital yanqui que batallaron desde entonces por reconquistar la aceitosa presa. Y cuando es presa rica la que se escapa, todos los medios conducen al capital a la reconquista.

El decreto de nulidad de la concesión otorgada al vende patrias Barco lo da Colombia en 1926 legislando a la vez, incorporando principios modernos y de gran previsión en las leyes petroleras. La nación defiende su petróleo, quiere salvar de la voracidad extranjera las regiones aun libres. Legisla bien y con valor. No será posible, mientras existan las barreras levantadas por esa legislación avanzada, arrancar a los colombianos el petróleo que les queda. Fué una iniquidad entregar al descastado una reserva petrolífera tan rica y grande como la de Catatumbo. El error se ha comprendido y se ha evitado el daño futuro. El señor Olaya Herrera llega al Poder y no sospecha Colombia que su legislación petrolera va a ser echada al basurero. Se le ha llamado providencial. En medio de la casi tiniebla económica que circunda a Colombia, aparece el señor Olaya Herrera como un sol desentumecedor.

Dos meses después de haberse hecho cargo de la Presidencia el señor Olaya Herrera, el 27 de octubre de 1930, llega a Colombia George Rublee, experto en legislación petrolera. El Gobierno le da la bienvenida al experto yanqui; exconsejero de Morrow, quien "ha llegado a preparar una ley bajo la cual se explotarán los recursos petroleros de Colombia" según informó el cable de entonces. Y cosa terrible, desoladora, ninguna voz de la América nuestra da la alarma. Sólo Rebecca Kaye, que ha visto cómo es de sospechosa y subordinada la conducta del señor Olaya Herrera, habla y nos pide cordura. Pero como no nos adula, ni nos sirve su palabra en mezcla de agua de azúcar, no la escuchamos. Es seguro que hasta la habremos llamado advenediza. ¿Cómo creer a mujer norteamericana acusaciones contra la plutocracia de su nación? No la escuchamos, si no fué para quemar vanidades y pedir, como el escritor colombiano, que se alejara la idea de que su patria podía ser Nicaragua. Los colombianos que acababan de celebrar las leyes petroleras no chistaron. El experto Rublee fué saludado con respeto. No lo vieron enviado de los sindicatos petroleros norteamericanos. El señor Olaya Herrera venía a sacrificarse por todos. Dejaba las blanduras de su vida diplomática, las cortesanías de Washington, para devolver a Colombia el bienestar que la había abandonado. Así fué como dejaron los colombianos que el experto Rublee entrara impunemente. Si el señor Olaya Herrera lo contrataba era porque Colombia necesitaba el saber de un gran legislador. Rebecca Kaye osadamente se preguntaba: "Tan mal, tan coja, tan tuerta, tan manca, tan tartamuda y desdentada anda Colombia en legisladores que necesita de extraños que le hagan leyes tan importantes como la que va a ayudar a redactar Mr. George Rublee?" Ningún colombiano supo darle respuesta digna de interrogación tan importante y grave. Quizá porque el señor Olaya Herrera era un providencial. Cómo apagan conciencias estos providenciales de la América nuestra.

La obra del experto yanqui quedó terminada y en marzo de 1930 el Presidente Olaya Herrera puso su firma a una ley petrolera de pura factura entreguista. Se abrió el suelo colombiano a la explotación, se quitó al Estado la propiedad del subsuelo y se llamó a los concesionarios norteamericanos a repartirse el festín. No tardaron mucho en la repartición. Ya todas habían ido cogiendo sitio. La legislación parecía dada especialmente para favorecer la muerta concesión del vende patrias Barco. Inmediatamente después de promulgada la ley, la Colombia Petroleum Company, encubridora de la South American Gulf Oil Company y del Caribean Syndicate, presenta un contrato que el Congreso colombiano aprueba. Prácticamente con

la aprobación de ese contrato se revivió la concesión del vende patrias Barco.

Tocó así al providencial señor Olaya Herrera matar una legislación previsora, revivir una contratación inicua que ponía en manos de un solo descastado cinco millones de acres de suelo rico en sustancias petrolíferas. ¿Con qué beneficio para Colombia? Con ninguno. ¿Con qué daño? Con todo el daño que puede hacerse a un pueblo cuando se le arrancan sus riquezas naturales para entregarlas a la explotación extranjera. El señor Olaya Herrera encontró un pueblo hambreado y lo aprovechó para sus planes de entrega. Vendría una era de prosperidad con las nuevas exploraciones y explotaciones petroleras. Habría trabajo, circularía dinero. El sesenta y cinco por ciento de los trabajadores de las compañías explotadoras del petróleo colombiano sería de nativos puros. ¿Qué más podía pedir aquel pueblo empobrecido?

Apaciguado por ese engaño, dejó el pueblo de Colombia que sus gobernantes ciñeran a métodos de explotación inicua el petróleo. No vio los males que el experto Rublee trajo. Males grandes, sin duda. Se le dejó sin el petróleo y se le echó encima la iniquidad de los millones de unos empréstitos conseguidos por los banqueros a quienes el señor Olaya Herrera mostrara su sumisión antes de partir para Colombia. Es decir, a cambio del petróleo para la South American Gulf Oil Company, se esclavizó al pueblo colombiano con grandes empréstitos, ruinosos, verdadera desgracia.

Nada sabía la América nuestra de esta conjuración del señor Olaya Herrera con los banqueros y petroleros yanquis. La entrega del petróleo se veía como acto de imprevisión, de debilidad, de alguna maldad posiblemente. Pero las investigaciones que ha promovido el Senado norteamericano acerca de los empréstitos colocados en estas naciones, han revelado que el señor Olaya Herrera aceptó de antemano la ayuda de la banca a cambio del petróleo. El se presentaba como un providencial. El sufragio lo sorprendía así. Había que esperar grandes creaciones de su cerebro de estadista. Pero como sabía que iba a gobernar a un pueblo empobrecido, con su hacienda en bancarrota, pactó con la plutocracia que había visto írsele de las garras la presa del petróleo. El señor Olaya Herrera conocía la situación de Colombia, no obstante su ausencia larga en medio de las blanduras diplomáticas. Sabía, porque lo había leído, que la legación norteamericana en Colombia había preparado un manual sobre las finanzas de aquel país. Y en el manual se pintaba terrible la depresión económica. Los empréstitos habían caído en Colombia como maná. Colombia se había vuelto loca (gone wild on borrowing) tomando empréstitos, es la expresión del manual. El señor Olaya Herrera conocía todos esos terribles sucesos.

La América los conoce hasta ahora que han sido contados ante el Senado norteamericano por Mr. Grosvenor M. Jones, Jefe de la División de Finanzas e Inversiones del Departamento de Comercio. Y como **Repertorio** en tiempo se adelantó a señalar el gravísimo daño que se llevaba a Colombia con el experto en legislación petrolera, conviene traer a estas mismas páginas la justificación de aquella denuncia certera. ¡Cómo son de peligrosos los hombres providenciales! Pensando en lo ocurrido a Colombia, metida en un escándalo mundial, escándalo promovido por el Senado norteamericano, pensamos con dolor en la suerte de todos estos países. ¿A qué hombres volverán sus ojos? La superstición los tiene ciegos. Y el providencial sigue imponiéndose. A Colombia le arrancaron el petróleo. A Costa Rica podrán mañana arrancarle para siempre la electricidad. Si allá tumbaron los intereses norteamericanos organizados para acaparar el petróleo de la América, la legislación petrolera avanzada y previsora, aquí podrán tumbar la nacionalización de la electricidad. Se ve que los pueblos son ciegos. Un día reciben jubilosos la ley que les asegura bienestar, que les promete un futuro sin esclavitud. Pronto lo olvidan y cuando los canallas se echan desaforados contra esa ley, aperezados e indiferentes ven caer lo que ha costado esfuerzos, lo que se concibió para ellos, para su dignidad, para su decoro.

Juan del Camino

Cartago y febrero 32.

INDICE



Poesías

= Envío de la autora =

Prisión

Esta mañana hermosa
es una tentación.
Se han soltado, traviesos,
los doce hijos de Eolo,
e irrespetuosamente alzan
las faldas de las damas.

Invitan con sus guiños
a vagar por los campos,
a danzar rondas helénicas.

Esta mañana hermosa
es una tentación.
Ha dado a los cielos
su más azul color.
El velo de las nubes
nunca más tenue fué.
El sol desde su trono
abre su ojo de luz,
y aconsejar parece
un vuelo hacia lo azul...

Esta mañana hermosa
es una tentación.
Pintó de azul las aguas;
así parece el cielo
más fácil de coger,
pues se refleja en ellas
con todo su esplendor.

Mas... es una tentación
que nunca vencerá
pues el deber, tirano,
jamás nos soltará.

Y en vez de, placenteros,
gozar de este otoñal,
iremos, resignados,
a ganarnos el pan.

Y aquí, en el rascacielos,
nuestra consolación
limítase a mirar,
a excusas del patrón,
la azul inmensidad...

Nueva York. Otoño del 1931.

Yo quisiera ser Jano

Para ti

Yo quisiera ser Jano:
Jugaría con el Tiempo.
Como por hábil magia
siempre estarían presentes
todas las Horas buenas.

Los minutos locos
desapareciendo irían.
Y los minutos tristes
tampoco existirían.

Los días apacibles,
aquellos en que no hubo
ni queja ni rencor,
aquí estarían sonrientes
para no irse jamás.

Los otros, los sombríos,
corridos, apenados,
ocultándose irían
hasta dejar de ser.

Si yo fuera Jano
aquí estaría latente
aquella Hora Suprema
que junto a ti viví.

Cargada de ternuras,
de ofrendas, de promesas,
y de idealismos plena.

Todo mi poder deico
aquí lo mostraría
al retener esa Hora
en que tan tuya fuí.

....

Sin roces corporales
toda mi alma te dí.

....

El milagro mitológico
cobra hoy su realidad
al convertir esa Hora
en toda una Eternidad.

New York. Otoño del 1931.

Cordial

A mamá, que cual vestal acuciosa con sus cartas mantiene perenne llama en el pebetero de mi alma.

Noche, nochebuena,
de tanta paz llena!
Bendígote yo
la generosidad
del rico aguinaldo
con que me regalas:
pues que me has traído
a manos muy llenas
mil recordaciones
que a esta noche sola
hacen compañía.

Del alma muy cerca
desfilan ¡tan vivos!
recuerdos muy caros
y caras y nombres.
Mi madre primero,
la siguen después
el padre y hermanos,
la predilecta hermana
y el hermanito ido.

Y aquí la visión
se ha opacado un poco,
tan llena está l'alma
que brotó una fuente
y a través de brillantes
se completó el recuerdo.

....

Nochecita buena,
Fiesta de Noel!

....

¿Por qué tan oscuro,
hondo el firmamento?
Parece que durmiera Dios,
y apagó las luces
de su ideal mansión.
Apenas se oye su respirar lento.
Se ocultó quizás
por no querer ver
los hombres en terreno afán:
la fiesta burguesa
con que rememoran
del rabí divino
su pobre nacer.

Nueva York. Nochebuena, 1931.

Rosas amigas...

A Madeline Barchi

Rosas amigas,
rosas rojas, altivas,
embajadoras fieles
de una amistad sin pliegues.

Me miráis, calladas,
y dicen tanto
tus pétalos de seda
y tu perfume santo...

De quien las envía
emblema cierto,
pues es así
el corazón de Ella:
Un fértil huerto
que da y que da,
sin consumirse nunca,
como la rosa da
su esencia bella.

Rosas, caritativas rosas,
en esta noche nostálgica
sobre tu seda suave
mi corazón descansa.

Nueva York. Nochebuena, 1931.

Lo adivinaste, madre!

A Concha

«Tendrá los ojos verdes,
la naricilla así.»

Y el corazón tan suave
que bien semejará
plumón de los ángeles,
cabello de Jesús.

De ingredientes divinos
su cerebro se hará.
Tendrá de sol, de fuente,
de música y de flor.

Milagros de Natura,
secretos del Artífice
cuya cábala honda
nadie comprenderá.

Así será tu hijo:
Bella combinación
de realidad, de ensueño,
de capricho y de amor,

Gris

NOTA:—Recuérdese que *Gris* es una distinguida dama costarricense que reside en Nueva York.

Schopenhauer y el viejo Vizcacha

= De *Caras y Caretas*. Buenos Aires =



Prometí hace algún tiempo a los lectores un breve y sucinto ensayo comparativo acerca del pesimismo de Schopenhauer y del viejo Vizcacha, mentor y consejero de Martín Fierro, a quien, junto con los perros famélicos, legó su profunda experiencia del mundo y de la vida aquel Diógenes pampero.

La razón de que la filosofía de Schopenhauer se halle más extendida que la de Vizcacha no estriba en su mayor profundidad pesimista, sino en haber sido lanzada desde las universidades y centros culturales alemanes, donde, por larga tradición, se forjan los sistemas filosóficos, mientras el conjunto doctrinal de Vizcacha, maravillosamente sintético, fué disparado en la soledad y solamente recogido por el despierto y atento oído del buen Martín. En la difusión de una doctrina influye mucho la tribuna desde la cual se alarga, y siempre correrá con mayor celeridad la que parta desde la Sorbona o de la Universidad de Berlín que aquella que partió desde una tapera. Pero para los iniciados en las grandes creaciones éticas y filosóficas, ni el punto de partida ni la rapidez en su circulación tienen un supremo interés. Su verdadero valor es independiente de estas circunstancias.

Schopenhauer ha traído aterrado al mundo no sólo por el fondo tétrico de su ideología, sino por la forma dura y cruda de expresarla. Pero en los mismos recursos verbales, asaz espantosos, supera, como pronto veremos, el filósofo gaucho al autor de "Parerga y Paralipomena".

Vizcacha y Schopenhauer fueron contemporáneos y aunque sus sistemas filosóficos son en el fondo coincidentes, puede afirmarse que los autores no mantuvieron relación epistolar ni libresca. Separados por distancia antipódica, ninguno de los dos sabía cómo el otro iba elaborando su negra doctrina. Ahora bien, sabido es que la filosofía de Schopenhauer deriva del brahmanismo y del budismo. La de Vizcacha, sin contacto alguno con estas normas del pensamiento misantrópico, es, por lo tanto, completamente propia y original.

El fundamento esencial de la escuela pesimista consiste, como se sabe hasta en General Acha, en desear el exceso de mal para llegar al bien. Schopenhauer no sólo es pesimista por su concepción filosófica del mundo, sino personalmente, por su agria propensión, fruto de los azares de su propia vida, a verlo todo en forma detestable. "El destino es cruel y los hombres son miserables". "Este mundo es una especie de infierno, y sólo hay que procurar encontrar en él un sitio al abrigo de las llamas". "Es el mundo la obra de un demonio que lanzó a los seres a la vida para recrearse con el espectáculo de sus males". "La vida es una constante persecución entre angustias, gritos y aullidos, y esto sin respiro alguno hasta el fin de los siglos". No cree en el altruísmo, ni en la generosidad, ni en virtud alguna. Los hombres están entregados a un ojeo continuo, a cazarse unos a otros constantemente. La mujer, a su juicio, no es más que un animalito de pelo largo y entendimiento corto. En el amor sólo ve la preparación de las generaciones próximas. Nada en la vida es digno de constancia. Todo está sujeto al azar y al error. Lo que llamamos experiencia no pasa de ser una triste filosofía hecha a tropezones. Toda la inteligencia del mundo es inútil al que no la tiene. Cree, como Helvecio, que no gustamos de la estimación por ella misma, sino únicamente por las ventajas que procura. La misma riqueza merece su más completo desprecio. "Es como el agua salada, que cuanta más se bebe, da más sed". Con cierta delectación habla de las aves noctívagas y carnívoras. "Para cazar de noche sobre los durmientes vuelan los buhos provistos de pupilas desmesuradamente grandes que les permiten ver en la oscuridad, y con plumas muy blandas que, haciendo silencioso el vuelo, no despiertan a los que duermen". Los insectos provistos de aguijón es para que puedan darse el inicuo placer de servir los fines de su ira. En un mundo de esta catadura, sólo se puede ser feliz, según Schopenhauer, en el más completo aislamiento, haciendo que el centro de gravedad caiga sobre sí mismo. "En los hombres, como en los diamantes, sólo los extraordinariamente grandes sirven para solitarios; los ordinarios tienen que estar juntos y obrar sobre la masa". Para el tétrico filósofo nada vale lo que se representa, sino aquello que se es por sí mismo. Muchas objeciones podrían oponerse a este axioma. Todos dependemos de la apreciación en que nos tiene la opinión ajena, y acaso todo lo que somos dependa de este juicio. Pero abandonemos un tema que nos llevaría muy lejos.



El pesimismo de Schopenhauer, por su fondo radical y su áspera forma, parece insuperable. Sin embargo, no le llega ni a la cola al de Vizcacha, así en el contenido como en el estilo. "A nadie—dice Schopenhauer—se quiere de buena fe más que a sí mismo y, a lo sumo, a su hijo". Oigamos a Vizcacha:

Dejá que caliente el horno
El dueño del amasijo.
Lo que es yo nunca me aflijo
Y a todito me hago el sordo.
El cerdo vive tan gordo
Y se come hasta los hijos.

Schopenhaeur resulta un alegre optimista comparado con el filósofo gaucho. Todas las enormidades de expresión del autor alemán, todo su vigor de estilo, palidecen ante esos versos en que el pesimismo alcanza su forma más espantosa.

Cuando Schopenhauer quería insultar a su perro le llamaba "hombre", expresando con ello todo el desprecio que éste le merecía. Pero también en esta preferencia perruna le superaba Vizcacha. El aislamiento de Schopenhauer nunca fué completo; vivió en constante pelea filosófica con los hegelianos. Vizcacha, por el contrario, no quiso tener más compañía que la canina.

Andaba rodiao de perros
Que era todo su placer;
Jamás dejó de tener
Menos de media docena.
Mataba vacas ajenas
Para darles de comer.

Sólo a última hora, herido de muerte por el "tabernáculo", como decía la "culandrera", admitió en su rancho a Martín Fierro, a quien instruía, iluminado por el doble pesimismo del dolor y de su concepto del mundo, en la difícil ciencia de la vida:

Educándome seguía,
Hasta que al fin se dormía
Mesturao con los perros.

Ya hemos visto la pobre idea que Schopenhauer tenía de la mujer y del amor. También en esto es muy superior el pesimismo de Vizcacha, absolutamente incrédulo en la fidelidad femenina:

(Pasa a la página 79)

Fetichismo político

= De la obra *Etica de las prisiones*, una serie de ensayos traducidos por Miguel de Unamuno. Madrid. "La España Moderna" =

Es un objeto de asombro para un europeo un indo, que, antes de empezar su trabajo cotidiano, hace sus zalemas a un pedazo de barro plástico, del cual ha improvisado en pocos momentos un dios a su propia imagen.

Leemos con sorpresa rayana en escepticismo el que se dé culto a máquinas, y el que haya oraciones que deben su supuesta eficacia al movimiento que da el viento a los papeles en que están escritas. Los hombres se ríen y maravillan cuando se les habla de cómo ciertos orientales, cuando se disgustan con sus deidades de madera, las derriban y golpean.

¿Por qué han de maravillarse de eso? Sus prójimos ostentan cada día supersticiones parecidas: supersticiones que no son, en verdad, tan groseras, pero intrínsicamente de la misma naturaleza. **Hay una idolatría que en vez de esculpir el objeto de su culto de materia muerta, toma por primera materia a la humanidad, y espera, modelando una masa de esa humanidad en una forma particular, darle poderes o propiedades enteramente diferentes de las que tenía antes del modelado. En el uno como en el otro caso, se disfraza en cuanto se puede la primera materia.**

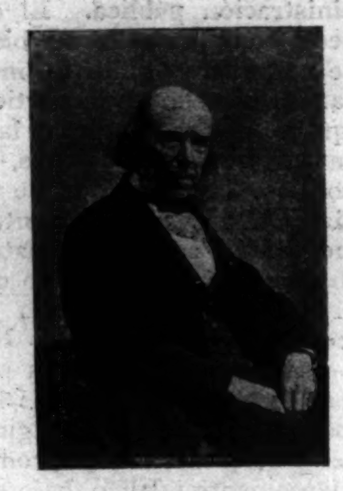
Hay medios decorativos por los cuales el salvaje se ayuda a creer que tiene delante de sí algo más que un pedazo de madera; y el ciudadano da a los instrumentos políticos que ha coadyuvado a crear, exterioridades tan imponentes y nombres distintivos expresivos de tal poder, que sirvan para robustecer su fe en los beneficios que invoca. Un débil reflejo de aquella "divinidad" que "protege a los reyes" se difunde por todas partes hasta las últimas capas sociales; así es que, a los ojos del pueblo, hasta el policía lleva en su uniforme un indefinible poder. Sí, los meros símbolos muertos de la autoridad excitan reverencia a despecho de un conocimiento justo de lo que son. Una forma legal de palabras parece tener en sí algo de especial para ligarnos a ellas, y hay una eficacia preternatural en todo sello oficial.

El paralelo es todavía más patente entre las persistencia de la fe en los dos casos, no obstante los perpetuos desengaños. Es difícil darse cuenta de cómo imágenes grabadas, de las que se ha hecho trizas por no responder a los deseos de sus adoradores, sigan siendo reverenciadas y se continúe dirigiéndoles peticiones; pero la dificultad de concebir esto disminuye si recordamos cómo, a su vez, **todos los ídolos de nuestro panteón político sufren castigos por no haber podido llevar a cabo lo que se esperaba de ellos, y sin embargo se les mira a diario con la confiada esperanza de que responderán a futuras oraciones.** La estupidez, la lentitud, la perversidad, la falta de honradez del oficialismo en una u otra de las formas de que se reviste, se demuestra en casi todo periódico. Probablemente la mitad de los artículos de fondo escritos tienen por texto alguna absurda falta oficial, alguna gran injus-

Un capítulo de Spencer digno de ser meditado en Costa Rica, país de arraigadas y deplorables supersticiones políticas que lo mantienen anclado.

Los párrafos en cursiva los hemos marcado nosotros al reproducirlo.

Lean los jóvenes de Costa Rica; estudien, renueven sus ideas, y no se dejen embaucar lastimosamente por el canto de sirena de la funesta rutina política criolla.



Spencer

ticia oficial, algún increíble derroche oficial. Y a pesar de esos latigazos con que se encuentra continuamente la expectación frustrada, inmediatamente se renueva la fe: se espera todavía en los beneficios que no han llegado y se dirigen preces para obtener otros nuevos.

A pesar de la prueba de que las viejas máquinas del Estado son en sí mismas inertes y necesitan potencias tales como las que se cree tiene la opinión pública que pone en movimiento sus partes, se propone continuamente nuevas máquinas del Estado del mismo tipo que las antiguas. Esta inagotable credulidad la tienen hombres de la más extensa experiencia política. Lord Palmerston, quien probablemente conoce su público mejor que otro cualquiera el suyo, decía últimamente replicando a un cargo que se le hizo en la Cámara: "Estoy enteramente convencido de que no hay persona alguna perteneciente al gobierno, en cualquier puesto que sea, alto o bajo, que sea culpable de haber quebrantado la fe en cualquier cosa que se le haya confiado". El asegurar tal cosa a la faz de hechos que se descubren continuamente, supone que lord Palmerston sabe bien que la fe de los hombres en el oficialismo sobrevive a toda prueba adversa.

¿En qué caso se realizan las esperanzas puestas en la mediación del Estado? Alguien creería que los intereses vitales que están en juego, habrían de mantener en acción el aparato esencialísimo para la administración de justicia, pero no sucede así. Por una parte, aquí tenemos un hombre acusado injustamente, y que después se prueba que es inocente, al cual se le "perdona" por un delito que no ha cometido; y tiene esto como consuelo de un inmerecido sufrimiento. He aquí otro cuyos graves delitos pasa por alto el fiscal (el lord Canciller) por-

que ha restituído en parte lo que no era suyo, es más, el fiscal apoya el que se le conceda una pensión. La culpa probada se recompensa, mientras que se deja a la inocencia probada sin compensación por las penas que ha sufrido y lo que ha gastado. Esta maravillosa antítesis, aunque no halla siempre su análogo en los actos del oficialismo de la administración de justicia, lo halla en parte en innumerables casos. Es una anomalía que halla su apoyo en numerosos otros acuerdos judiciales, en el hecho de que la prisión es la sentencia que se impone a un muchacho que ha robado por valor de un penique de fruta, mientras que pueden transferirse miles de libras del tesoro público a la bolsa particular, sin incurrir en castigo alguno positivo. Teóricamente, el Estado es un protector de los derechos de los súbditos; prácticamente, representa de continuo la parte de agresor. Aunque es un principio de equidad reconocido por todos que el que hace una falsa acusación debe pagar las costas de la defensa, sin embargo, hasta hace muy poco, la Corona ha persistido en rehusar pagar las costas de los ciudadanos contra quienes ha presentado falsas acusaciones, y aun hay algo peor, y es que se ha intentado deliberadamente establecer acusaciones por medios corruptos. Los que hoy viven, recuerdan que la Corona ha sobornado a los jurados tratándose de procesos por falta de pago de impuestos. Cuando el veredicto era en favor de la Corona la costumbre era dar honorarios dobles; y no se ha dado fin a tal costumbre hasta que el defensor de un acusado anunció en pleno tribunal que se daría honorarios dobles al jurado, si su veredicto era en favor del acusado.

No sólo en las partes superiores de nuestro aparato judicial es donde esta mala obra del oficialismo se impone de tal manera al conocimiento de los hombres que ha llegado a hacerse proverbial; no sólo en las interminables dilaciones y ruinosos gastos que han hecho de la justicia una palabra de terror; no sólo en los derroches de los tribunales de quiebras, que hacen que los acreedores los eviten cuidadosamente; no sólo en esa incertidumbre que hace que los hombres se sometan a grandes injusticias antes que arriesgarse a la injusticia todavía mayor que la ley podría hacer caer sobre ellos, con toda probidad como podría apartar de ellos, sino que además de todo esto, todos los días se presentan toda clase de absurdos y fracasos en las secciones inferiores del mecanismo judicial. Puede muy bien decirse, en disculpa de los sarcasmos corrientes respecto a la policía, que entre tantos hombres tienen que ser frecuentes los casos de mala conducta e insuficiencia; pero podíamos haber esperado que fueran justas y bien meditadas las órdenes porque obran. Una indagación ligerísima muestra que no lo son. Es una historia corriente la de que al presentar un empleado irlandés en sus cuentas una pequeña carga por un telegrama que había re-

clamado una contingencia imprevista, se le denunció a la oficina central de Londres, y después de una larga correspondencia se le autorizó por fin aquella carga, pero en la inteligencia de que en adelante no pasaría semejante capítulo, a menos de que lo hubiera autorizado el Centro de Londres. No podemos responder de esta historia, pero sí de otra que la hace creible. Un amigo a quien le había robado su cocinera, se fué a la oficina de policía, detalló el caso, dió buenas razones para que se infiriera la dirección de la fugada, y pidió a la policía que telegrafiara para que se la detuviera. Se le dijo que no podían hacer eso sin autorización, y que ésta no se obtendría sin larga dilación. El resultado fué que la ladrona, que se había ido al lugar supuesto, se escapó y no volvió a oírse hablar más de ella. Tómese otra función asumida por la policía, la de regular el tráfico. Todos los días y por todo Londres, son detenidos por carros y vagones que van con toda calma diez mil vehículos que van de prisa, llevando a hombres de negocios que tienen asuntos urgentes que despachar. Se disminuiría inmensamente el mal haciendo pocos, fueran más de prisa o limitando que esos carros y vagones, relativamente pocos, fueron más deprisa limitando su circulación a las primeras y las últimas horas del día. Pero en vez de ocuparse en estos estorbos realmente grandes para el tráfico, la policía se ocupa en lo que no es prácticamente estorbo alguno. Ultimamente se les prohibió transitar a hombres que llevaban carteles de anuncios, bajo la excusa infundada de que estorbaban el paso, y los incapaces de otra cosa, no pudiendo ganarse un chelín al día, fueron a engrosar las filas de los pobres y los rateros. Pueden observarse casos peores. En años pasados había una continua querella entre la policía y las naranjeras, a quienes se echaba de un sitio y de otro, porque se decía que obstruían el paso a los transeuntes. Entre tanto, puede verse constantemente el algunos de los sitios de más paso, hombres con juguetes que engañan a los muchachos y padres al venderles esos juguetes pretendiendo que existen ciertos sonidos que son ellos los que los producen; y cuando se pide la intervención de policía que observa tranquilamente cómo sacan el dinero con falsedades, contesta que no tiene orden de intervenir en eso. ¡Admirable contraste! Tomad un trato poco honroso y podéis reunir un pequeño corro en la acera sin que haya queja que interrumpís el tráfico. Tomad un trato honrado, y os sacarán de la acera como a un estorbo.

Cualquiera creería que la notoria insuficiencia del oficialismo como protector contra la injusticia habría hecho a los hombres escépticos respecto de su suficiencia en otras cosas. Si en esto, en que tienen los hombres intenso interés por disponer de una función bien desempeñada, no lo han logrado durante siglos; si esa agencia oficial, que en teoría es el guardián de cada ciudadano, es en tantos casos su enemigo, que el acudir a la ley sugiere la idea de empobrecimiento y ruina probable; podía haberse supuesto que apenas era de esperar que el oficialismo obrara bien donde son menos intensos los intereses que entran en juego. Pero es tan fuerte el fetichismo político, que ni esas experiencias ni otras parecidas que ofrece cada oficina pública disminuyen la fe de los hombres. Durante años pasados han tenido delante de los ojos el hecho de que una tercera parte de los fondos del hospital de Greenwich pasaba a mantener a los marineros en él acogidos, mientras que dos tercios se iban en la administración: pero éste y otros hechos fatales no han impedido que se abogue porque haya más administración pública. El oficialismo puede compararse muy bien a aquello de no poder engullir un mosquito y tragar un camello en la particularidad con que se obliga a cumplir las más insignificantes reglamentaciones, y el asombroso descuido con que se dejan sin fiscalización alguna las cuentas de todo un negociado, como el de patentes; y sin embargo, seguimos oyendo que se propone registros oficiales como freno para las compañías mercantiles. No parece que disminuye la confianza porque se descubra torpezas que apenas habría creído posible ni aun una imaginación osada; ejemplo, el método de promoción hecho recientemente público, bajo el cual un empleado de una rama de un departamento se encarga de la obligación de algún empleado superior difunto, sin alza alguna de su sueldo, mientras que otro de otra rama del departamento obtiene que le suban el sueldo sin que aumenten sus responsabilidades.

Aun siendo innumerables estos males y absurdos, y sobreviviendo generación tras generación a despecho de comisiones e informaciones y debates, hay siempre una cosecha anual de nuevos planes de agencias gubernamentales, que se presume han de obrar precisamente lo mismo que los legisladores proponen que hayan de obrar. Con un sistema de promoción en el ejército que asegura una incompetencia organizada, pero que sobrevive a protestas perpetuas; con un almirantazgo tan notoriamente mal constituido, cuyos actos son blanco del ridículo; con una iglesia que mantiene fórmulas gastadas, no obstante la casi universal repudiación de ellas; con todo esto tenemos que todos los días se piden más medios establecidos por ley. Con leyes respecto a la construcción bajo las que se levantan casas menos estables que las de la última generación; con una inspección de minas que no impide las explosiones en los pozos; con una inspección de ferrocarriles que lleva por acompañamiento una multitud de accidentes ferroviarios, teniendo siempre a la vista estos y otros defectos, prevalece todavía lo que llama muy bien Guizot "gran ilusión, creencia en el poder soberano del mecanismo político".

Prestaría un gran servicio el que quisiera analizar la legislación, sea, por ejemplo, la del último medio siglo, y comparar los resultados que se esperaban de las leyes del Parlamento con los que se obtuvieron. Podía hacer instructivas revelaciones sin más que tomar todos los preámbulos y observar cuántos de los males que había que rectificar eran males producidos por precedentes leyes. La dificultad capital sería la de encerrar dentro de un moderado cuadro el inmenso número de casos en que se cumplieron los beneficios predichos a la vez que se causaron desastres no previstos. Y entonces podía cerrar su trabajo demostrando, ejemplo tras ejemplo, cuán inmensas ventajas se han seguido de la entera cesación de la acción legislativa. No es en realidad que una acumulación tal de casos, aunque fuera rica y concluyente, tuviera efecto apreciable sobre el promedio de los espíritus. **El fetichismo político continuará mientras los hombres sigan sin disciplina política, mientras sólo se den cuenta de las causas próximas, y jamás piensen en las remotas y más generales, mediante las que se ponen en movimiento sus agencias especiales. Hasta que haya sido destronado por una verdadera educación lo que hoy usurpa su nombre, por una educación que tenga por fin enseñar a los hombres la naturaleza del mundo en que viven, se formarán nuevas ilusiones políticas según vayan extinguiéndose las antiguas. Pero hay una clase selecta existente ya, y otra más selecta que está surgiendo, sobre la cual tendrá efecto una obra como la descrita y para la cual merecería la pena escribirla.**

Herbert Spencer



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

En la décima asamblea anual de la Sociedad francesa "La Nueva Educación", celebrada en París durante la primavera de 1931.

= *Envío del autor* =

(Véanse los números 2 y 5 del tomo XXIII del *Rep. Am.*)

Quiero que este resumen sea mi homenaje a la memoria de don Justo A. Facio y de don J. Fidel Tristán. La desaparición de esos dos maestros es una pérdida irreparable para la educación nacional, sobre todo en esta hora de crisis de civilización que pesa sobre Costa Rica. Al duelo del país uno el mío, filial.—S. U.

La conferencia de M. Roger Cousinet estuvo presidida por M. Piéron, profesor de psicología en la Sorbona, quien, como todo gran hombre de ciencia, inspira respeto y simpatía inmediatos, no sólo por las enseñanzas que da aún al exponer las ideas más corrientes, aun sin proponerse enseñar, que eso es en él tan natural como respirar, sino hasta en su aspecto físico. Pocas palabras dijo M. Piéron, pero algunas de ellas me va a ser difícil olvidarlas. Por ejemplo, su queja contra la pedagogía que se encierra en sí misma y tiene como ideal formar "buenos alumnos", no siempre deseables, en vez de preocuparse por abrir las ventanas a la vida y formar hombres. Llamaron mi atención ciertas consideraciones suyas acerca del peligro de exagerada automatización, que puede ser uno de los distintivos de toda escuela y que es carácter de la actual; como también lo que dijo acerca del peligro de querer huir del anterior y caer en la idea de que las cosas se arreglan por sí solas y que el maestro puede descuidarse, dejar que los niños hagan lo que gana les dé mientras el maestro descansa, cuando en verdad la campaña para libertar al niño lo que hace es acumular sobre el educador responsabilidades que antes no tenía y multiplicar su trabajo, pues bien difícil es enseñar a hacer uso correcto de la libertad y crear dentro de la vida espontánea el sentimiento de la disciplina y de la jararquía sin las cuales no hay vida organizada.

M. Cousinet, tema de cuya conferencia era El Trabajo y el Juego en la educación, hizo una clara diferenciación entre lo que se entiende en términos corrientes por trabajo y por juego, para insistir en que si lo que la escuela tradicional se propone es preparar al individuo para la vida práctica, es decir, para que salga de la escuela a trabajar en la fábrica y en la oficina, no sólo se defrauda el verdadero sentido de la infancia sino que se fracasa también en el dicho noble propósito de convertir en adultitos a los chicos de 14 años. Al terminar su escolaridad obligatoria, el niño no está aún preparado para la lucha de la vida, y ya sería exagerado el pretender dejarlo en la escuela todo el tiempo que necesite para prepararse...: claramente se ve que eso no puede ser, pues, el ideal de la educación. La psicología, por otra parte, enseña que la infancia sirve para jugar, el oficio del niño es jugar; y los orondos pedagogos creen cumplir su misión señalando en el horario unas cuantas horas de juegos, de esa gimnasia rectilínea que resulta para el niño un trabajo más y que se parece a los fastidiosos cuentos con moraleja. Sirven esas lecciones para satisfacer el hambre de juegos que tiene el niño? No! Para el niño ese juego resulta una tarea, y tarea pesada. Si al menos le educaran físicamente... Es la hora de preguntarnos si lo duro, lo aburridor, lo trabajoso, es lo que educa; si digestión difícil quiere decir buena digestión; y también si las actividades absolutamente espontáneas del niño pueden llevarle a la organización que la vida reclama. Tal vez sea mejor estudiar de nuevo esos capítulos de juego y trabajo, revisar esas conclusiones psicológicas, ver si por acaso no es el juego la actividad fundamental de la infancia, si esa actividad que tiene aspecto lúdico y que exige tanta energía como el trabajo no es sino un disfraz del instinto creador—crear ante todo—único que debe ser satisfecho para procurar el ambiente en que el niño va a encontrar su verdadero camino. No dejarse engañar por modas y sistemas; no creer que toda actividad, por el hecho de ser actividad, ya es educadora y nos da la clave mágica, como parecen pretenderlo las organizaciones pedagógicas hoy en boga. Estudiar con espíritu fresco las tendencias más avanzadas, determinar si los niños se fatigan o no dentro de la gran alegría de la escuela nueva, si no se cansan de no encontrar obstáculos nunca, de no tener motivos para estar cansados, si no quieren jamás escaparse de su palacio y sentirse libres de "escuela" como de sobra sabemos que quieren escaparse de la escuela actual; y sólo así llegaremos a saber si la escuela nueva responde al propósito creador del niño, a su anhelo de entregar las fuerzas a la consecución de un propósito, al cual llegará muchas veces mediante la misma penosa alegría con que llega el sabio al descubrimiento que le ha costado media vida de trabajo. Es decir, que si la alegría y la actividad, su "trabajo", no es su verdadera expresión de vida, el niño se agotará en la escuela nueva tan inútilmente como lo podría hacer en otra en la que siquiera el fastidio resulta soportable, pues a fuerza de haber repetido durante generaciones de generaciones las mismas inútiles cosas hasta se nace con cierta habilidad heredada para pasar por la escuela y repetir ciertas series de palabras que dan la aprobación en los exámenes... con lo cual tal vez se ha conseguido guardar las verdaderas fuerzas del alma para luego, para cuando de veras nos ponemos a aprender y a educarnos. Muchas otras inquietadoras ideas dijo M. Cousinet; pero es mejor recordar a Gracián, que recomendaba la brevedad, y decir dos frases de la figura central del congreso, la doctora Montessori.

Esperaba el momento de ver a la doctora Montessori con la misma inquietud con que llegué a Suiza para escuchar al doctor Claparéde: el ánimo se alista para esas ocasiones únicas en que uno quisiera comprenderlo todo, sentirlo todo, como recibir un golpe de gracia, porque esas impresiones primeras de las personas que han sido motivo de nuestro respeto durante muchos años dejan una huella que puede ser definitiva para la formación de nuestra alma. Se vuelve a sentir algo de la emoción de las primeras citas de amor; emoción felizmente pasada, pero que cumple una función no despreciable. Yo sentí que todos estábamos conmovidos esa mañana de primavera en que la doctora habló por primera vez a los maestros y estudiantes franceses; quien anunció la conferencia, no pudo ocultar el estremecimiento de la voz; la pequeñuela que le dió las rosas de la bienvenida dijo palabras que nadie oyó; el auditorio rompió en aplausos, esa manera moderna de desembarazarse de la emoción. La doctora acarició una de las rosas, sonriendo.

No quiero iniciar la reseña de las ideas que le oí y las que se me han quedado grabadas con mayor claridad, sin decir una palabra acerca de lo que me pareció más cautivante en su persona; no hablaré de esa sonrisa tan bondadosa que han popularizado las fotografías, ni de la elegante modestia de su presentación, ni de sus finas manos italianas. Lo que me sedujo fué la voz, una voz fresca, risueña, como voz de niño, voz para hablar a los niños; cristalina como la de ellos, y de apariencia frágil como ellos, que parecen frágiles y no lo son (oh! qué sería de los niños si fueran frágiles?...) y que llega sin esfuerzo a todos los oídos del vasto anfiteatro y, más maravilloso aun, a todos los corazones.

Las ideas expuestas. Bueno, que me perdone ella si por mi incomprensión

traiciono sus palabras, aunque ella, gran gentileza, habló en francés; por lo demás, sus escritos vuelan por todo el mundo, traducidos a todas las lenguas; y el interés no estaba en que ella explicara su método, el cual puede estudiarse en los libros, o, mejor aun, conocerse mediante los cursos que ella misma organiza en su escuela, en Roma; el interés estaba en verla, en sentir su presencia en la sala, en escuchar de sus labios unas cuantas reflexiones especiales para el congreso. Se puede decir que toda la asamblea ha sido montessoriana; el homenaje de los maestros y de los niños, el banquete que se dió en su honor, los demás actos, todo ha sido una manifestación de la gratitud francesa a la genial italiana, signos de los tiempos nuevos. Y al homenaje francés vinieron a sumarse, mediante representantes, las escuelas montessorianas de Holanda y de Inglaterra y también de Chile.

Refiriéndose a los actuales momentos de la educación, en que se pretende realizar en grande lo que en otras épocas se consideró ideales de los soñadores pedagógicos. (**Discat a puero magister,** el maestro debe aprender del niño), o lo que se estimó patrimonio de alguno que otro genio especial, privilegiado, dijo que a ello se llegaría cuando las ciencias presten a la educación una ayuda más eficaz que hasta ahora, en que su colaboración ha sido bastante débil; mientras las otras ciencias han cristalizado en leyes, la pedagogía está apenas separando los problemas y discutiendo aún si sus disciplinas pueden constituir una teoría o si debe, o puede, mantenerse dentro del grupo de prácticas que se designan con el nombre de artes. Un completo cambio, una transformación total vendrá en los sistemas educacionales, en su filosofía y en la realización misma, cuando la sociedad apoye de una manera más científica esa adaptación del individuo al medio, realizable mediante la necesaria deformación que toda escolaridad impone. Y antes que se me tache de contradicción, me apresuro a decir que ese concepto de la escuela como deformadora (formadora, si se prefiere) del individuo, no riñe con el de libertad, de respeto al niño, de atención a su actividades espontáneas, sino que lo apoya; para producir lo que nosotros los adultos consideramos el hombre perfecto hay que concebir la perfecta niñez en un medio que ni por más ni por menos sea nocivo. Como la escuela corriente peca por más y trata al alumno casi "en sabio" y por querer aumentar la cosecha malogra la fruta con el auxilio de soles artificiales, decir que se quiere realizar una cruzada en favor de los niños es responder al espíritu humano; respetar los derechos del niño, así como se ha luchado por los derechos del hombre, y por los derechos de la mujer, y se desea una mejor organización del capital y del trabajo. Es decir, que conservando las cadenas contra las cuales es absurdo ir, deberes, derechos, se piensa que un equilibrio mejor estudiado hará más fecunda la labor de todos. El mundo actual impone la economía; la especialización rápida, la producción, la mecanización, el autómata; casi no hay sitio para el hombre; pero el hombre existe, no se puede suprimir, como no se puede suprimir el hogar por más que la organización familiar se haya transformado radicalmente, sobre todo a partir de la Gran Guerra; y entonces la escuela nueva, hogar y laboratorio, pretende salvar la parte humana de las futuras generaciones y sin ponerse en contra de las exigencias modernas, lo que equivaldría a nulificarse, quiere respetar los principios vitales, psicológicos, sociológicos y morales que de todos modos van a jugar un papel en la vorágine, precisamente para que el adulto tenga más adelante los elementos que le permitan defenderse de la tragedia. Y por eso defiende al niño contra el peligro del hombre.

Sin darse cuenta muchas veces, el adulto impide el desarrollo del niño; la madre misma hace todo lo que puede por deformar la personalidad de su hijo; y durante toda la vida esas influencias se reflejan, en nuestro bien o en nuestra contra. No es la hora de sentar a los padres y a los maestros en el banquillo de los acusados para hacerlos responsables de nuestras deficiencias; pero sí ya es el momento de que los educadores se preparen a despojar al adulto de sus pretensiones de que el niño debe vivir a su imagen y semejanza. Quitémosle al niño de la espalda ese fardo que le impone la doble personalidad psíquica a que le obligamos: a vivir vida de niño, creadora y maravillosa, y vida de esclavo, constantemente reprimida; escuela nueva para el niño nuevo; quebremos nuestra vanidad de árbitros inclinándonos ante la justicia, y no obligando a los niños a gastar sus fuerzas en defenderse de nosotros. Que con sólo cambiar nuestro punto de vista, sin abandonar al niño a la anarquía, le beneficiaremos con nuestra colaboración inteligente; si él pudiera hablarnos, nos diría quizá: Ayúdame a hacer las cosas por mí mismo!

Eso obliga a pensar en un problema delicado; los límites de la intervención. Cómo ayudar al niño sin que nuestra influencia sea un obstáculo al libre juego de su actividad espontánea? Hay una cuestión de tacto, muy personal, que indica el momento en que nuestra intervención puede ser contraproducente; pero además, los métodos indican los procedimientos especiales, y el estudio de la psicología infantil da las líneas generales. En auxilio del educador viene un elemento precioso, fácilmente explotable: la tendencia a la acción, a hacer algo, que da el primer conocimiento de la conducta, permite la formación de hábitos, es la base del pensamiento, es el alma de la educación. En el fondo ese es el gran secreto: poner al niño en condiciones de hacer algo, y el niño ya solo hará lo demás. Y para que el niño haga, basta darle material; un material apropiado, igualmente distinto de los dos peligros extremos que son la insuficiencia y el exceso, al fin y al cabo alimento también él, y que es el medio para que el adulto ayude al niño y no se extralimite en sus funciones, pues el material lo lleva al mundo infantil, pero al mismo tiempo, si lo usa como debe ser, le impide el constituirse en centro de la vida escolar, obligándole a aceptar su puesto honroso de guía, de dirigente, pero no creador del niño.

El niño se forma a sí mismo, o su naturaleza lo forma, si no hay fuerzas poderosas que se opongan. Para algo tenemos las fuerzas físicas y las espirituales en proporción contraria a como las tienen los animales; algo significa ese contraste funcional, esa riqueza espiritual con que nacemos, de modo que cuando aprendemos a andar, ya nuestro espíritu vuela; pero si no coordinamos nuestras acciones con nuestros pensamientos, no tendremos ni unos ni otras y en coordinándolas, todo acto es pensamiento y toda idea potencia. No le pidamos al niño lo que no está en su posibilidad darnos, y en cambio él nos dará más de lo que corrientemente le pedimos; si a los sufrimientos que ya la vida tiene, a esa sensación de impotencia a que a veces llegamos, se añaden los que los adultos provocan con sus exigencias imprudentes, qué de extrañar es que la influencia de los grandes haya servido más para despedezar que para proteger la existencia de los pequeños, y que muchos adultos, si no todos, sean en realidad niños degenerados, deformes, en vez de tipos perfectos y dignos de tomarse como normas para perfeccionar la especie. No hemos de hacer todo lo posible por salir de este estado de insatisfacción en que vivimos?

Salvador Umaña

Una historia de espíritus

= Traducido por L. H. para *La Vida Literaria* de Buenos Aires, de donde lo tomamos =

Una vez conté este relato a Theodore Dreiser y a Eugenio O'Neill, sentados los tres en una habitación, y ahora se me ocurre darlo a la publicidad. Aconteció en South Bend, Indiana. Es muy posible que Ring Lardner, haya conocido a la mujer. Yo nunca le he contado la historia. El señor Lardner, según tengo entendido, siente una gran ternura por South Bend.

Era una maestra de escuela viuda, que tenía una hijita de siete años. Cuando fué a vivir a South Bend tuvo dificultades mil por conseguir casa. De repente, para asombro suyo, encontró una magnífica, y de alquiler muy bajo. Cuando me lo dijo, añadió que no podía comprender aquello. Era la casa un comodísimo edificio de ladrillo en una buena calle y rodeado de un extenso prado con árboles. Hacía dos años que estaba desocupada.

La casa estaba embrujada. Se lo dijeron. Sin embargo, la viuda declaró que no le importaba, y se mudó a ella. Todo fué a pedir de boca. La casa tenía diez grandes habitaciones y en casi todas había chimenea. Se la dieron por diez dólares al mes.

Al fin comenzaron a suceder ciertas cosas. Puertas atrancadas que se abrían y se cerraban. Cuando estaba sentada sola en una estancia con las ventanas abiertas, examinando los papeles de la escuela, entraba una repentina ráfaga de viento. En ocasiones, de noche, oía pasos quedos.

En la casa había, indudablemente, otra presencia invisible. Al principio, la maestra se asustó horriblemente, pero como decía, explicando su rara experiencia, era una mujer sola y tenía que acostumbrarse a todo. Acabó por divertirse con aquella presencia misteriosa.

Resultábale grato sentir que allí había alguien más, alguien en quien pensar. Como su hija, la niña de la casa, se acostaba a las ocho, las noches le resultaban menos solitarias.

La mujer aquella era dada a la cultura. Tal era su característica más fuerte. Por la noche se sentaba a leer. Leía las obras de los últimos y más intelectuales autores, particularmente de los moderns. Por eso fué que le conté la historia al señor O'Neill y al señor Dreiser. Nunca se la he contado al señor Lardner quien, me han dicho, no es tan moderno.

Sea ello como fuere, ya tenemos el marco: una mujer sola, de noche, en una casa solitaria. Lee un libro. Puede que sea un libro de Waldo Frank; o "Sister Carrie".

Y mientras lee tranquilamente, con las puertas atrancadas, el espíritu se cuela en la estancia.

Era un espíritu alto y muy serio, un hombre de aspecto distinguido, como de cuarenta y cinco años. La mujer decía que había entrado en la estancia por la puerta cerrada. Cuando llegó al sitio donde se hallaba sentada, se mostró un poco tímido.

Inmediatamente le explicó que jamás



Sherwood Anderson

había estado acostumbrado a moverse en presencia de gente culta.

—Soy un espectro—la dijo—, pero si quiere usted creerme, soy inofensivo.

La maestra de escuela me dijo que su espíritu le parecía simplemente espléndido. Tenía, aseguraba, desde el principio y a pesar de un exterior un tanto rudo, una especie de cultura interior inequívoca.

Es claro que ella se echó a temblar ligeramente y se turbó un poco.

—Tranquilícese—dijo el espectro—y le explicó que nunca la habría molestado, es decir, que nunca se habría materializado, de no hallarse en un grave aprieto.

Y todo, añadía, por su falta de cultura. Había acudido a ella porque se daba cuenta de que era una mujer culta.

El aprieto era que en el mundo de los espíritus en el que tenía que morar, después de haberse sacudido lo que la maestra llamaba "esta envoltura mortal" se había visto obligado, desde el principio, a reunirse con gente que, como él, era inculta.

El hombre había sido en vida un ente vulgar, es decir, un simple fabricante que no hacía otra cosa que atender a su negocio, ganar dinero y jugar al golf, y cuando se fué al mundo de los espíritus hubo de pagar con creces el haber descuidado la cultura. De súbito se percató del error cometido, y aquello lo tenía contristado.

Necesitaba cultura, pero no podía conseguirla en el mundo de los espíritus, porque la gente culta de allá no quería reunirse con él.

Por eso había vuelto al mundo de la realidad y acudido a una mujer. El hombre de ésta, su marido, cuando en vida, parece que también había sido un poco inculto. Era un plomero. Afirmaba ella que el buen muchacho no pensaba ni hablaba de otra cosa que no fuera de los juegos de pelota. Sin embargo, ella le fué fiel hasta la muerte, portándose siempre bien con él. Es muy posible que el espíritu supiera aquello. Por otra parte, me dí harta cuenta de que la muerte del plomero no resultó un golpe demasiado rudo para la maestra de escuela.

Era ésta una mujer poco bella y con una hija. ¿Qué oportunidad tenía de hallar un compañero en el mundo de la cultura? Ella y el hombre, es decir, el espíritu, estaban como quien dice en el mismo bote.

En cuestión de cultura, la maestra era, empero, mucho más avanzada que él. Por lo pronto, en el momento de la aparición estaba ocupada leyendo todos los autores modernos. No sólo conocía a Joyse y a O'Neill sino también a Dreiser, a Frank, a Hemmingway y a Gertrude Stein. Me contó que ella y el espíritu pasaron un invierno juntos, simplemente espléndido.

Todos los días iba a cumplir con su deber a la escuela y por la noche corría a casa a meter a su hijita en cama. No sé por qué razón no quería que la niña compartiera su placer. Acaso creyera que la niña podría escandalizarse de ver a un hombre en la casa por la noche.

Pero como se observará, no había nada de qué escandalizarse. El espíritu jamás le pidió ni siquiera un beso. Ella misma me lo dijo.

No hacía más que sentarse a leer libros y después de la lectura, a discutirlos. ¿Quién no ha pasado unas noches así con una mujer? ¡Qué encantadoras son!

Espíritu y dama adquirían por momentos más cultura. En semejante labor se pasaron el invierno entero. Nunca South Bend tuvo aspecto más bello.

La mujer me dijo que en realidad le desagradaba ver llegar la primavera. Tenía la impresión de que con la llegada de la primavera, el espíritu, habiendo adquirido cultura suficiente, la abandonaría para nunca más volver.

Y eso fué lo que sucedió. Ahí está la tragedia del relato.

Culminó, como debieran culminar todas las cosas, en una noche de primavera. Jamás olvidaré el temblor de la voz de aquella mujer cuando me contó lo sucedido esa noche fatal.

Era, por supuesto, una noche de suave luz lunar, y las hojas comenzaban a brotar en los árboles del vetusto jardín. La mujer estaba sentada junto a una ventana abierta. Se le había metido en la cabeza la idea de que al abrir puertas y ventanas facilitaría la llegada del espíritu. ¡Tan real se mostraba con ella!

Y, efectivamente, vino. No entró por la ventana abierta sino al través de una de las paredes de la habitación. Esa era su manera de actuar. El espíritu no podía llevarse al mundo fantasmal los libros que habían estado leyendo y ni siquiera podía sostener un libro en su mano. La viuda solía leérselos en alta voz, y cuando se cansaba de leer en voz alta, el espíritu se colocaba detrás de ella y leía por encima de su hombro.

De vez en cuando ella le aclaraba los pasajes difíciles. Algunos de los libros tenían muchos pasajes difíciles. Aquello debió haber sido una cosa divina.

Lo que quiero decir es que nadie más que la mujer podía ver el fantasma. Una noche en que éste se hallaba presente en la estancia, el director de la escuela en que trabajaba la maestra vino a visitarla y no vió nada de particular. Me dijo ella que había sido uno de los momentos más satisfactorios de su vida. Añadía que el director hubiera deseado muchísimo poder achacarle alguna falta. No quiero decir que lo expresara en esta forma, pero el sentido era el mismo.

Mas volviendo a la noche primaveral: el espíritu entró y se sentó a su lado.

—Esta noche no leeremos—le dijo. Su voz era queda y había en ella un tono de infinita tristeza. Le hizo comprender que ya poseía cultura bastante. En el mundo de los fantasmas había comenzado ya a reunirse con los mejores.

Cualquiera se dará cuenta de lo que sintió la mujer al oír aquellas palabras. El espíritu había venido sólo a decirle adiós y la despedida tenía que ser tristísima. Me aseguró luego que aquella noche ella y el espíritu habían pasado varias horas sentados uno frente al otro y que él le había cogido una mano. Ella hasta se imaginó por un momento que el espectro quería darle un beso, pero como las relaciones de ambos comenzaron en el plano cultural, pensó que no debían salir de allí, lo cual, según pude colegir, la molestó un poquito.

La mujer me insinuó que aquello había sido un grave error pero ¿qué otra cosa podía hacer ella? El hombre no era más que un espíritu culto. Ni siquiera le estaba tan agradecido como se figuraba ella que debía estarle.

Parece que al fin y a la postre había puesto toda su gratitud en el señor Joyse, el señor Hemmingway, el señor Dreiser y los demás. Me contó la maestra que toda la noche se la pasó hablando de ellos. Le dijo cómo en el mundo de los espíritus sus nombres y el conocimiento de sus obras le habían dado entrada en los círculos mejores y más exclusivos.

—No hace falta más que mencionar el nombre de unos cuantos autores modernos y demostrar familiaridad con sus obras para entrar en todas partes—le aseguró.

Luego le dijo que, como ya poseía un conocimiento bastante profundo de los autores modernos más importantes, creía mejor poner término a sus visitas por miedo a que, en el mundo de los espíritus se adelantara tanto a los otros espíritus que llegara a encontrarse en idéntica posición a la que estaba cuando no tenía cultura ninguna.

Y habiendo dicho esto, el espíritu partió. Y allí se quedó sentada la mujer aquella noche de primavera, habiendo estrechado entre las suyas la mano del espíritu. Procuró, me temo, estrecharla un poco fuerte. Acaso lo escandalizó. Púsose en pie en el último momento, con la nueva mirada de inteligencia en sus ojos y su fría mano intelectual reposando en la de ella, y de pronto, un estrechoncito de parte de la mujer y el espíritu partió para siempre.

Decía la maestra que aquello prueba el pago que recibe una mujer cuando hace cualquier cosa en provecho de un hombre.

—Procuramos levantarlos y hacerlos mejores de lo que son y luego nos abandonan—concluyó.

Sherwood Anderson

La intervención japonesa

= De *El Tiempo*. Bogotá =

Los hechos militares se suceden unos a otros en Manchuria, y el Japón se asegura nuevas ventajas a medida que pasa el tiempo. La posición material de China es lamentable por su debilidad y su falta de organización, pero la posición moral de los poderes occidentales empeñados sinceramente o por mera ficción hipócrita en contrarrestar las ambiciones del Japón, es todavía más flaca y deplorable. El Japón no es un pueblo cristiano. Sería una impropiedad llamarle pueblo civilizado tomando esta palabra en el sentido que le asignan los moralistas y políticos de Occidente. La civilización japonesa se parece a la de Europa y América en la capacidad destructora de sus ejércitos y armadas y en la desordenada producción de artefactos baratos salidos de sus máquinas. En las bases morales de las dos culturas el contraste resulta completo y la diferencia insalvable. La civilización europea y saxoamericana es cristiana por tradición e hipócrita por necesidad. La civilización japonesa es francamente anticristiana. Su religión es el culto de los antepasados y el fundamento de su moral es sacrificarlo todo por la patria. Hipócritamente en Europa y en América se invoca el nombre de la patria con el fin de prosperar los intereses de una clase social, de un partido político, de una casta determinada. El Japón no ha menester hipocresías. El interés de la nación ha de primar sobre el del individuo o éste muere de muerte natural o violenta por mano propia o ajena.

De no haber existido en 1931 la Sociedad de las Naciones donde por un raro fenómeno de sicología, priva un noble estado de espíritu que pugna con la práctica y en veces con el sentimiento de la mayoría de los grandes poderes allí asociados, de no haber existido aquel augusto cuerpo o el Japón se habría apoderado sin dificultad del territorio manchuriano o el mundo habría sido testigo de otro crimen colectivo semejante al iniciado en 1914 por el necio ultimátum de Francisco José al gobierno de Serbia. Si la simulación y la falta de respeto a los principios invocados no estuviesen en la base de las actitudes y de las políticas asumidas o propuestas por las grandes potencias de Europa y América, el conflicto de Manchuria se habría resuelto sin dificultad y sin sangre en fafor de China. Pero ocurre que los gabinetes de los grandes estados representados en Ginebra no están de acuerdo con el estado de espíritu que para bien de la civilización ha acabado por predominar en la Sociedad de las Naciones. La Sociedad de las Naciones es un cuerpo civilizado, cristiano, tolerante, pacifista, de espíritu cosmopolita y conciliador. La mayor parte de los grandes poderes allí representados son bárbaros, anticristianos, intolerantes, belicosos, prepotentes, nacionalistas y agresivos. Con todo, la Sociedad de las Naciones se sobrepone a estos instintos. El fenómeno, por extraño a la luz de la lógica, no carece de ejemplos en el mundo organizado y aun en la química de los cuerpos muertos. Las reses bravías en manada deponen sus instintos de lucha. El cloro, un veneno, y el sodio, materia eminentemente cáustica, forman en combinación una sustancia indispensable para la alimentación de muchas especies animales.

En el caso presente ocurre que el Japón no puede estar diplomáticamente solo en la temeraria empresa de hacer suya la provincia chinesca. Si fuera unánime la reprobación de esta inicua tentativa de parte de Inglaterra, Francia, Italia, Alemania, Estados Unidos y Rusia la osadía del militar japonés contra

Mukden no habría tenido consecuencias como no fuera la desocupación de la capital manchuriana. Mas como cada nación de las nombradas mira esta empresa del Japón de un punto de vista suyo propio y lo juzga de acuerdo con principios distintos, las actitudes y los consejos son también diversos. Si se atendiera al principio de las soberanías y al otro más reciente aceptado unánimemente en Versalles, según el cual las naciones tienen derecho, fuertes o débiles, a disponer de sus propios destinos ya se le habría impuesto a Japón la obligación de evacuar la Manchuria. Pero ocurre que el Japón está haciendo uso de prácticas a que fueron muy adictas las grandes potencias europeas y americanas antes de 1919. Ahora se hace en Manchuria lo que los Estados Unidos hicieron en Panamá y en Haití y Santo Domingo cuando lo creyeron conveniente; lo que hizo Austria en 1908 en Bosnia y Herzegovina, lo mismo que Italia en Trípoli años más tarde. Es digno de memoria que para la dentellada en Panamá los Estados Unidos se aprovecharon en 1900 de la incierta situación de Gran Bretaña en su máximo esfuerzo colonial, contra dos repúblicas africanas, para imponerle la abrogación del tratado Clayton-Bulwer; Austria explotó en 1908 la reciente derrota de los rusos en el extremo oriente y la situación de intranquilidad creada por los alardes bélicos de Guillermo II; Italia tuvo las manos libres para ir a Trípoli por razones semejantes. Hoy el Japón explota con más astucia que habilidad la confusión que crean en occidente de un lado la crisis económica y de otro el temor a la Rusia Soviética. Europa no puede ofrecerle su apoyo al gobierno de los soviets para tener a raya al Japón en el lejano oriente, porque Europa tiene más fundamento para temer a Rusia que al Japón. Quién sabe si Francia se complace en ver que al gobierno de Moscú se le crea en el extremo siberiano una difícil sitación, porque de esa manera queda inmovilizado en occidente el único ejército que, a lo menos por su número, puede medirse con los efectivos franceses de tiempo de paz. Inglaterra como gobierno no puede ver con indiferencia la ocupación definitiva de Manchuria por el Japón. Significa, tal vez, la pérdida de un nuevo mercado para las industrias atribuladas por la hostilidad de los prosélitos de Gandhi. Pero el partido conservador de Gran Bretaña ha dicho en algunos órganos de opinión que la guerra con Rusia para salvar la industria inglesa es inevitable. Estados Unidos vacila. No le obliga el pacto de Versalles; pero firmó el de Kellog y hace propaganda en favor del desarme. Es una disminución de su mercado exterior la ocupación de Manchuria por el Japón. Sin embargo, la conducta del gobierno de Washington en esta emergencia es débil o ambigua. Los doctrinarios del gobierno son partidarios de China, pero los grandes intereses industriales y los partidos conservadores tienen más miedo a una Rusia sólidamente organizada que pueda servir de modelo a las aspiraciones colectivistas del mundo, que al Japón imperialista y "rompe y rasga" que surgió con el siglo xx. Acaso esperan también en el Japón, como sin duda espera Francia, para mantener a Rusia dentro de sus límites actuales o para destruírla como lo anhelan los conservadores de Yorkshire y de Escocia.

Una de las causas originarias del conflicto en Manchuria es la resistencia de los gobiernos chinos a cumplir las estipulaciones del abominable tratado impuesto por el Japón en 1915 a la república oriental, abandonada entonces de los poderes europeos e indefensa como siempre. Ese tratado fué obra de la fuerza. Europa no miró con buenos ojos las 21 cláusulas de que se compone y aun trató de desconocerlo. Ahora alegan los chinos y sus consejeros en Ginebra, que el tratado fué firmado por la imposición armada del Japón y que por lo tanto está viciado desde su origen. A lo cual responde fríamente la delegación japonesa con gesto entre compungido y regocijado "que si se reconoce una vez más que los derechos solemnemente otorgados por tratado pueden revocarse en cualquier momento por la razón de que fueron firmados contra la voluntad espontánea del otorgante, se establecerá un precedente excesivamente peligroso de consecuencias incalculables para la estabilidad de las relaciones internacionales en Asia, en Europa y en otras partes".

Así la franqueza en el mal, la barbarie oriental triunfa de la hipocresía secular y de la simulación orgánica de las cortes y parlamentos de occidente.

B. Sanín Cano

Schopenhauer y el viejo Vizcacha

(Viene de la página 72)

Si buscás vivir tranquilo,
Dedicate a solteriar,
Mas si te querés casar,
Con esta advertencia sea:
Que es muy difícil guardar
Prendas que otros codicean.

Copiosa y largamente diserta Schopenhauer para demostrar que todo puede aprenderse con una aplicación tenaz. Pero lo que nunca se logra aprender es a tener talento. Y escribe multitud de páginas para probar las ventajas de un buen carácter, de una mente fecunda, de un espíritu elevado y de una fantasía magnífica. Ningún espectáculo externo puede suplir a estos dones. Quien no los posea por condición nativa se verá siempre devorado por el tedio. Por mucho que se nutra de lecturas, no vencerá la natural insipidez de su inteligencia. Pues bien: todo esto que Schopenhauer desarrolla con abundancia filosófica en varios capítulos de sus obras, lo reduce Vizcacha a dos palabras de una fuerza expresiva sin igual:

Al que nace barrigón
Es al ñudo que lo fajen.

Sobran las demás disertaciones ante ese poder sintético del genial mentor de Martín Fierro. Ni Schopenhauer ni Vizcacha creen en el imperio de la justicia en la tierra. Pero el filósofo gaucho, habituado a lidiar con sus semejantes y con los comisarios, que no tienen semejantes, da las mejores normas para defenderse contra todo género de desafueros ejercidos por la curia:

Hacete amigo del juez,
No le des de qué quejarse,
Y cuando quiera enojarse
Vos te debés encoger,
Pues siempre es güeno tener
Palenque ande ir a rascarse.

Considerando uno y otro, Vizcacha y Schopenhauer, con idéntica visión el fondo detestable de la vida, tiene singular importancia la elección de relaciones. El filósofo alemán las rechaza todas para encerrarse en sí mismo, en su propio mundo interior. Pero como el aislamiento absoluto es imposible, el forzoso roce social acaba por acentuar en forma insoportable su natural irritación. Vizcacha resuelve el problema mucho más filosóficamente. Y con su habitual brevedad sintetiza la selección de las gentes con quienes ha de mantener comunidad de trato. Los conceptos de que se vale, fruto de largas rumias reflexivas en la soledad de su rancho, son de un realismo y de una fuerza plástica insuperables:

Jamás llegues a parar
Ande veas perros flacos.

¡Admirable Vizcacha! Nada revela la índole de los moradores de una casa como el estado de su fauna doméstica.

Schopenhauer, en fin, es un apologista de la soberbia y funda la poca felicidad que puede alcanzar el hombre en bastarse a sí mismo. ¿Pero hay alguien que se baste? ¡Nadie! Vizcacha lo demuestra plenamente:

El hombre, hasta el más soberbio,
Con más espinas que un tala,
Aflueja andando en la mala
Y es blando como manteca:

Hasta la hacienda baguala
Cai al jagüel con la seca.

Aunque Schopenhauer conocía el castellano y leía apasionadamente a nuestros clásicos, especialmente a Gracián, que tanto influyó en su espíritu, no es fácil que entendiera esos versos criollos tan admirables por el fondo realista que en ellos se encierra.

No prosigo con las comparaciones. Las expuestas son suficientes para demostrar el superior radicalismo de las concepciones pesimistas de Vizcacha. Cuando el "tabernáculo" acabó con su vida, haciendo estériles los remedios de la "culandrera", Martín heredó los perros, los cabestros, maneas, "arriadores", torzales y todo el guasquerío. Pero sobre todos estos bienes deleznables adquirió lo que valía mucho más, o sea las sublimes enseñanzas de su tutor, aquella luminosa filosofía que Martín, hombre de larga experiencia en una vida extraordinariamente aporreada, solía resumir así:

Después que uno está perdido
No lo salvan ni los santos. . .

Francisco Grandmontagne

San Sebastián, noviembre de 1931.

(Dibujos de Caballé)

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

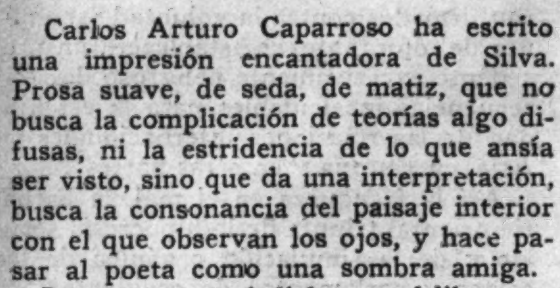
REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.00 (El año, $5.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

José Asunción Silva

= De *El Tiempo*. Bogotá. =



Carlos Arturo Caparroso ha escrito una impresión encantadora de Silva. Prosa suave, de seda, de matiz, que no busca la complicación de teorías algo difusas, ni la estridencia de lo que ansía ser visto, sino que da una interpretación, busca la consonancia del paisaje interior con el que observan los ojos, y hace pasar al poeta como una sombra amiga.

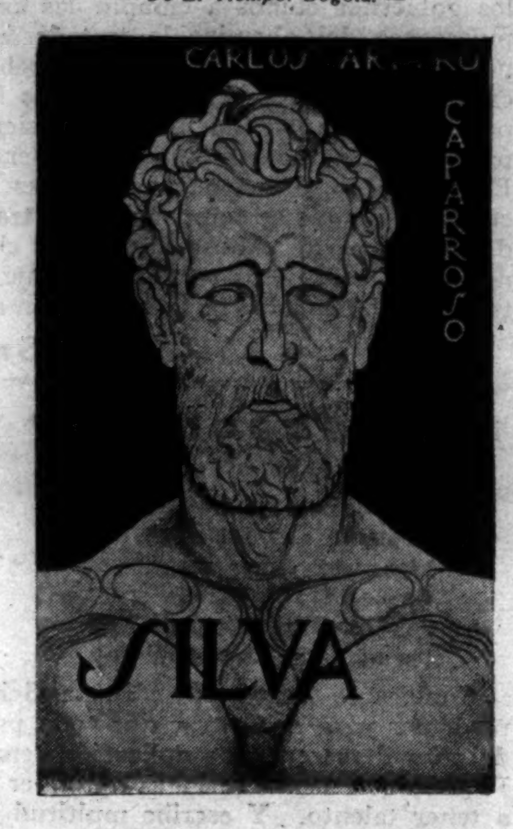
Brevemente está dicho, en el libro que resucita el ambiente de hace cuarenta años, el proceso biológico de Silva. Detalles de su formación, apuntes de su peregrinación mental, la sorpresa de ignorar todo lo que buscó en el estudio, el estudio acometido por su propia cuenta, como respuesta al ansia infinita de comprenderlo todo, los viajes, la cultura, los libros, el retorno, la desadaptación, la lucha, la tragedia, la muerte.

Uno de los signos de la verdadera vocación espiritual es para Renán la incapacidad absoluta para la vida práctica. El poeta imagina que es un industrial, que es un comerciante. Sueña con la fabricación de baldosines de lujo, azulejos que le recuerden a Sevilla, un poquito de Europa que haya de encenderse en la ciudad conventual como una lámpara. Vende objetos de arte. La clientela prefiere al señor de la esquina. Puede ser muy torpe, pero es hábil para los negocios. Y sabe reir un poquito—con cuánta razón desde su punto de vista!—del iluso que piensa hacer dinero con un almacén digno de los bulevares..

Herencia, hastío, lucha brava, cabezas de medusa que asoman por doquiera, y que él conjura con la música apagada, envolvente, sensual, acariciadora, de sus versos! Silva todo entero está en la confidencia. De pronto tiene el dandy la sonrisa que en el rostro satánico vió Fausto. Queriendo y sin quererlo es un seductor. Es tan gallardo su porte, tan hermoso su rostro, tan delicadas sus maneras! Los hombres lo ridiculizan. Las mujeres se le entregan, en una mirada, en un suspiro, con algo en que hay el ardor de lo que se presiente y la languidez que deja, tras el minuto feliz, lo ya adquirido.

Continúa la lucha. Los momentos de exaltación son rápidos. Silva se impregna de la melancolía de la sabana. Es el Dorado. Es el hombre desnudo, cubierno de polvo de oro, que se sumerge en las ondas aéreas del paisaje. Tiene amigos excelentes. Y en el hogar encuentra a la dulcísima. Es la hermana que lo comprende, lo estimula, lo consuela, mientras afuera el burgués panzudo lanza una carcajada y la beata ratonesca adereza una calumnia. Pero la vida continúa deslizándose. El desquite contra ella lo da la fuente inextinguible que mana cadencias en el alma.

La hermana linda y buena cierra un día los ojos donde se había copiado toda la luz del universo. La lucha continúa. Todo es absurdo en donde no comprenden que los azulejos son mejor que los ladrillos y un poeta que un hombre de negocios. Herencia, hastío, incomprensión y la pobreza acurrucada ante las piedras de un fogón que va a apagarse! Eso no es para el dios griego que se equivocó de patria y vino a encarnar en un santafereño. Al alcance de la mano está el plomo libertador. El disparo no se oye, el cuerpo no se contrae, pero el corazón ha quedado perforado. El poeta se ha ido. Cuando llegan noticias de su viaje intempestivo ya se encuentra en la gloria.



Caparroso le ha sabido dar a su libro un tono de aurora o de atardecer. El sol del mediodía no pasa por esas páginas. Las hubiera quemado. Mejor es la figura evanescente del último romántico que se fundió con el primer simbolista. Así lo ha querido realizar y lo ha logrado el intérprete. Cuánta oportunidad la de su empeño! En estos días viscosos, sucios, amargos, en que el pensamiento se va tras de la prosa áspera de la vida económica, consuela y tonifica la inmersión del espíritu en el baño espiritual que procuran Silva y el pasado, la poesía con músicas de alas y el tributo de gratitud, de un lado al violinista del nocturno, de otro al evocador, que lo trae desde la cuna y lo lleva hasta el mármol. El mármol que hicimos levantar nosotros. Otro recuerdo azul. Con esas visiones de arco iris, bien puede seguir cayendo la vida de la lucha, fría, delgada, persistente, fastidiosa, como una llovizna!

Luis E. Nieto Caballero

Gotas amargas

LAZARO

—¡Ven, Lázaro!—gritóle
el Salvador, y del sepulcro negro
el cadáver alzóse entre el sudario,
ensayó caminar, a pasos trémulos,
alzó, palpó. miró, sintió, dió un grito
y lloró de contento.

Cuatro lunas más tarde, entre las sombras
del crepúsculo oscuro, en el silencio
del lugar y la hora, entre las tumbas
del antiguo cementerio,
Lázaro estaba sollozando a solas
y envidiando a los muertos.

IDILIO

Ella lo idolatraba, y él la adoraba.
—¿Se casaron al fin?
—No, señor. Ella se casó con otro.
—Y ¿murió de sufrir?
—No, señor. De un aborto.
—Y el pobre aquel infeliz
¿le puso a la vida fin?
—No, señor. Se casó seis meses antes
del matrimonio de ella, y es feliz.

José Asunción Silva

Imprenta LA TRIBUNA